

Crepúsculo

Publicacion que pretende promover el conocimiento, prevenir la pereza intelectual y fomentar la lectura

Noviembre de 2008



Staff

Director

Ricardo R. Cadenas

Coordinador

Luis Straccia

Columnistas

Sabrina Perotti

Lucía Di Salvo

Colaboran en este número

Sol Schmidt / Maichan Ahmed

Baba Moulay-Ahmed

Alicia Pais / María Eugenia Bouza

Analía Do Carmo / Ana Serrano

Diseño, diagramación

Gonzalo Cadenas

Ilustraciones

Hector H Grandi

hectorhugrandi@yahoo.com.ar

Propietario y Editor

Fundación Tres Pinos

Moreno 1836 6to. B

011-43722154

www.revistacrepusculo.com.ar

info@revistacrepusculo.com.ar

Impreso por DTPrint S.A.

0237-4664818

Registro de Propiedad

Intelectual

Expediente N° 592073

La publicación de opiniones personales vertidas por colaboradores y entrevistados no implica que éstas sean necesariamente compartidas por

Revista Crepúsculo

Editorial

La propia identidad del hombre como ente físico y temporal lo expone a una pelea infructuosa contra el tiempo. Su tiempo biológico se refleja en el espejo sin posibilidad de retorno; esta irritante realidad le moja la oreja diariamente sin opciones ni cuestionamientos: la imagen del cuerpo es un garabato que va trazando el tiempo a lo largo de los años. El ser humano inventa atajos armados con tinturas, maquillajes, cirugías, caminatas, antioxidantes, fármacos mágicos y otras yerbas, pero el final del camino sólo es el único posible: todo ese andamiaje se encuentra encerrado en el laberinto del tiempo. El hombre debe pasar allí su vida porque, además de temporal, es un ente viviente.

Y se hace tan esclavo de ese laberinto que comienza a volverlo parte de su existencia en la mayoría de sus actos: comandado por el tiempo, en medio de un enjambre de contradicciones, arma su agenda. Cada tanto se da el lujo de disfrutar un poco de tiempo ocioso. En sus fantasías viaja a través de él tiempo, se imagina en el pasado con todo el poder que representa la información que hoy posee. Le demanda tiempo a quien puede (familia, trabajo y otros deberes) para poder disfrutar algo de su propio tiempo; sin embargo, se ve obligado a la vez a brindar su tiempo a quienes se lo demandó. Cree inventar cosas como los entes matemáticos, entes ideales intemporales, y la realidad es que siempre existieron, y sólo los descubre: Newton describe la ley de gravedad que lleva su nombre, pero esta es atemporal; las cosas se caían mucho antes del nacimiento de Newton.

"Hay un tiempo para todo y un tiempo para cada cosa bajo el sol", dice el Eclesiastés. Pero sin cesar nos debatimos en el eterno dilema entre "Todo tiempo pasado fue mejor", carpe diem y "Hoy es el primer día del resto de mi vida". Los conceptos de pasado, presente y futuro se nos entremezclan.

El paso del tiempo también tiende a curar lo doloroso, cicatriza las heridas y pone en el olvido las penas. Podría decirse que el tiempo tiene la capacidad de absorber todo el dolor y la angustia que derivan de la existencia. Tan importante es esta capacidad que puede convertir en comedia lo que fue tragedia.

Y los hombres tratamos de manipularlo, haciéndolo relativo al espacio; describimos la teoría, pero todavía somos impotentes

para manejarla. No obstante, el tiempo sigue siendo relativo para nosotros: relativo a la era que vivimos, relativo al lugar en que nos encontramos, relativo a la circunstancia que nos rodea.

Aprendimos a calcularlo casi a la perfección (no olvidemos que nos sobra un día cada cuatro años), definimos sus medidas y las usamos para nuestros cometidos. Y hasta nos atrevemos a asegurar que este fin de año se cumplirán quinientos ocho de la impresión del último incunable.

Hay tiempos del individuo y tiempos de la comunidad, y cada uno los siente de distinta manera. ¿Cómo nos imaginamos el tiempo?: ¿de izquierda a derecha, con números crecientes, con colores...? Las fechas 1810, 1955, 1982, 2001 son emblemáticas para los argentinos: años negros de la depresión o verdes de la esperanza.

Todo sentimiento sobre el tiempo es válido, pero el más reclamado es el del tiempo perdido. Vivimos quejándonos de lo que pudo haber sido si hubiésemos hecho tal o cual cosa, o si no hubiésemos perdido tanto tiempo... Aunque, en lugar de corregir esa falencia hoy, lo dejamos

para mañana... ese mañana de percepción eterna.

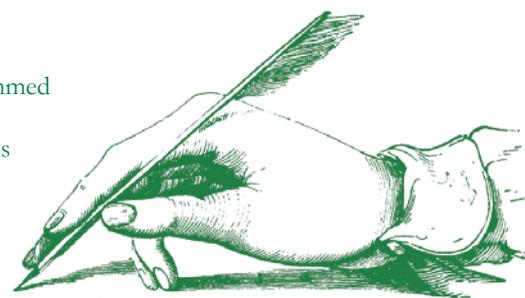
Decimos que el tiempo es oro, pero en ocasiones lo gastamos como si fuese desperdicio. Nos falta cuando el día se acorta, se alarga en la espera angustiante, se retrasa para el adolescente, vuela para el adulto, se hace incierto para el que agoniza, coquetea con el que resucita, palpita con el enamorado, lo pierde el desidioso, trata de acapararlo sin éxito el avaro, lo gasta sin freno el derrochón, lo aprovecha el estudioso y trabajador, lo desconoce el inconciente, y se le acaba al moribundo.

Quizá la única jugarreta que cabe hacerle al tiempo viene de la mano de la literatura. Se dice que un lector tiene la capacidad de vivir dos vidas. Gracias a la literatura podemos degustar un tiempo gourmet. La unidad de medida de tiempo de un cuento es la página. Esas páginas que configuran y recrean un mundo paralelo, nos permiten desdoblarnos, transgredir los límites, generar una realidad propia, única para nosotros mismos. Una realidad en la que el tiempo queda abolido.

Ricardo R Cadenas.

Sumario

- Pag. 7** Lectura rápida de una vida veloz. Sabrina Perotti
- Pag. 10** Casualidades: cuestión de tiempo. Lucía Di Salvo
- Pag. 14** Divagues y preguntas sobre Tiempo Nostalgia y Memoria. Luis Straccia
- Pag. 20** Corta(za)r el tiempo. Verónica Sol Schmidt
- Pag. 26** Sin tiempo no hay vida y sin vida no hay tiempo. Ana Serrano
- Pag. 30** Ejercicio Plástico. María Eugenia Bouza
- Pag. 34** Las vías y después. Carlos Antognazzi
- Pag. 38** La sinuosidad del tiempo. Maichan Ahmed-Baba Moulay-Ahmed
- Pag. 42** Es el tiempo de los tiempos y el mío es hoy.... Alicia Pais
- Pag. 46** Hijos del reloj. Analía Do Carmo
- Pag. 50** Recomendados de Crepúsculo



Lectura rápida de una vida veloz



Preámbulo a las instrucciones para dar cuerda al reloj

Piensa en esto: cuando te regalan un reloj te regalan un pequeño infierno florido, una cadena de rosas, un calabozo de aire. No te dan solamente un reloj, que los cumplas muy felices, y esperamos que te dure porque es de buena marca, suizo con áncora de rubíes; no te regalan solamente ese menudo picapedrero que te atarás a la muñeca y pasearás contigo. Te regalan -no lo saben, lo terrible es que no lo saben-, te regalan un nuevo pedazo frágil y precario de ti mismo, algo que es tuyo, pero no es tu cuerpo, que hay que atar a tu cuerpo con su corre como un bracito desesperado colgándose de tu muñeca. Te regalan la necesidad de darle cuerda para que siga siendo un reloj; te regalan la obsesión de atender a la hora exacta en las vitrinas de las joyerías, en el anuncio por la radio, en el servicio telefónico. Te regalan el miedo de perderlo, de que te lo roben, de que se caiga al suelo y se rompa. Te regalan su marca, y la seguridad de que es una marca mejor que las otras, te regalan la tendencia a comparar tu reloj con los demás relojes.

No te regalan un reloj, tú eres el regalado, a ti te ofrecen para el cumpleaños del reloj.

Julio Cortázar

Por Sabrina Perotti.

Hay distintas concepciones de tiempo. No vivimos el mismo tiempo que hace 20 años atrás. Ni tampoco vivimos ahora el mismo tiempo que se vive en China o en Sudáfrica. El reloj es universal pero sus acepciones son muy distantes en cada realidad.

Una cosa es segura: los tiempos biológicos se alargaron. Hoy una persona es padre a los 60 años y a los 22 es muy joven para serlo. La expectativa de vida traspasa los límites de los 75 años sin problemas. Sin embargo, vivir más, es decir, tener más tiempo para hacerlo, encierra una gran contradicción: no tenemos tiempo para nada. Vivimos en apuros constantes. Si una persona en la vereda camina más adelante, uno trata de pasarla...trotamos, corremos. Ya no se leen largos libros...hojearnos. Si una página en Internet tarda más de 5 segundos en cargarse...cancelamos y jugueteamos con el mouse. Aparecen nuevas palabras: comida rápida o fast food, que según el comediante George Carlin «este es el tiempo de comidas rápidas y digestiones lentas», también la acepción full time para referirnos a jornadas de trabajo completas, en el amor se va a los bifés y en las reuniones se va al grano.

Nacen aparatos para incrementar aún más la rapidez con la que vivimos: el microondas calienta una taza de café en 15 segundos y no tardamos los ineficientes 2 minutos con el jarrito y la hornalla. Las empresas proveedoras de Internet compiten por brindar el servicio con la mayor rapidez de banda ancha.

¡Y pensar que antes perdíamos tanto tiempo! Revelábamos fotos, preparábamos la comida en dos o tres horas, dormíamos más, la ropa se secaba al sol y no en secarropas, escribíamos cartas a mano y tardábamos semanas en recibir la respuesta. En fin, se nos ha terminado la paciencia. ¡Ahora ni siquiera se nos ocurriría gastar tanto tiempo en rebobinar un cassette!

Y con toda esta urgencia que experimentamos, finalmente, nos estresamos: se cae el pelo, se forman contracturas, sale urticaria, se producen infartos. Ser taxista, médico, corredor de bolsa o policía comporta éstos (y otros peligros) en donde la tríada déspota pasa a ser el reloj, la velocidad y el cálculo. Moverse con precisión pero con rapidez son los pilares de éstas y tantas profesiones, cada vez más.

El eterno apetito de Cronos

Según cuenta la leyenda el dios Cronos (Saturno) hijo de Urano (el Cielo), sabía que el destino lo había condenado a ser destronado por uno de sus hijos varones.

Por esto, se apresuraba a devorar a todos los hijos de sexo masculino que tenía con su esposa Rea. Ésta, cansada de verlos morir uno tras otro, tuvo un día la idea de reemplazar al hijo que acababa de nacer, con un trozo de roca envuelto en pañales. Cronos cayó en la trampa y Zeus pudo salvarse.

El niño fue criado secretamente sobre el monte Ida en la isla de Creta por coribantes y ninfas. Ya mayor de edad, Zeus desterró a su padre del Olimpo y la profecía se cumplió.

En la mitología griega la imagen de Cronos se expresa como el símbolo del tiempo, por lo que se lo representa como un viejo descarnado, triste y seco que lleva en sus manos una hoz que indica que el tiempo lo destruye todo. Además, posee un reloj de arena y está provisto

de alas. El hecho de que engulla a sus hijos también pone de relieve que el tiempo destruye todo lo existente incluso en el justo momento de producirlo.

Desde lejos, la Grecia Antigua se une perfectamente con nuestra concepción actual del tiempo, que observa y rige todo como el dios Cronos quien devora con su eterno apetito y no se satisface nunca. El avasallante monstruo del péndulo sigue vigente hasta el día de hoy, obligándonos a convertirnos en los hijos que no quieren ser engullidos.

Sin embargo, el destino ya fue anunciado.

Relojes mutantes

Considerar al tiempo como oro o a una jornada como productiva son representaciones del imaginario social que hemos logrado aprehender a la perfección. No nos permitimos tiempo ocioso, tiempo muerto o tiempo de relajación. Si existen técnicas para distenderse se aplican simplemente para que seamos más fructíferos. Y sólo por algunos minutos. La asociación de la rapidez con la inteligencia, la astucia, la productividad, y la correlación de la lentitud con el atraso, la pereza y la idiotez han sido fruto de la ideología de la sociedad capitalista que aboga por seres efectivos, productivos y sin lugar al ocio. Siempre hay un fin y es el de producir más, cada vez más. No importa el por qué sino el qué, no importa el cómo sino el cuándo. La paradoja de nuestros días es: hacer más en menos

Hay distintas concepciones de tiempo. No vivimos el mismo tiempo que hace 20 años atrás. Ni tampoco vivimos ahora el mismo tiempo que se vive en China o en Sudáfrica. El reloj es universal pero sus acepciones son muy distantes en cada realidad.

La asociación de la rapidez con la inteligencia, la astucia, la productividad, y la correlación de la lentitud con el atraso, la pereza y la idiotez han sido fruto de la ideología de la sociedad capitalista que aboga por seres efectivos,

tiempo. Y aunque poseamos mayor tiempo para hacer mejor las cosas, lo primordial es hacer mucho.

Somos cuerpos automatizados, veloces, prácticos. Somos máquinas que no paran, empleados de Mc Donald's que transpiran y se mueven, telemarketers con 5 minutos para ir al baño (sólo una vez en el día) y 15 minutos para comer. Somos robots alienados, cansados pero no abatidos. Y nos vamos transformando de a poco en pequeños objetos amorfos, con cabeza grande y brazos finitos y, de fondo, se escucha un sonido proveniente del corazón: tic-tac.

Bajar un cambio

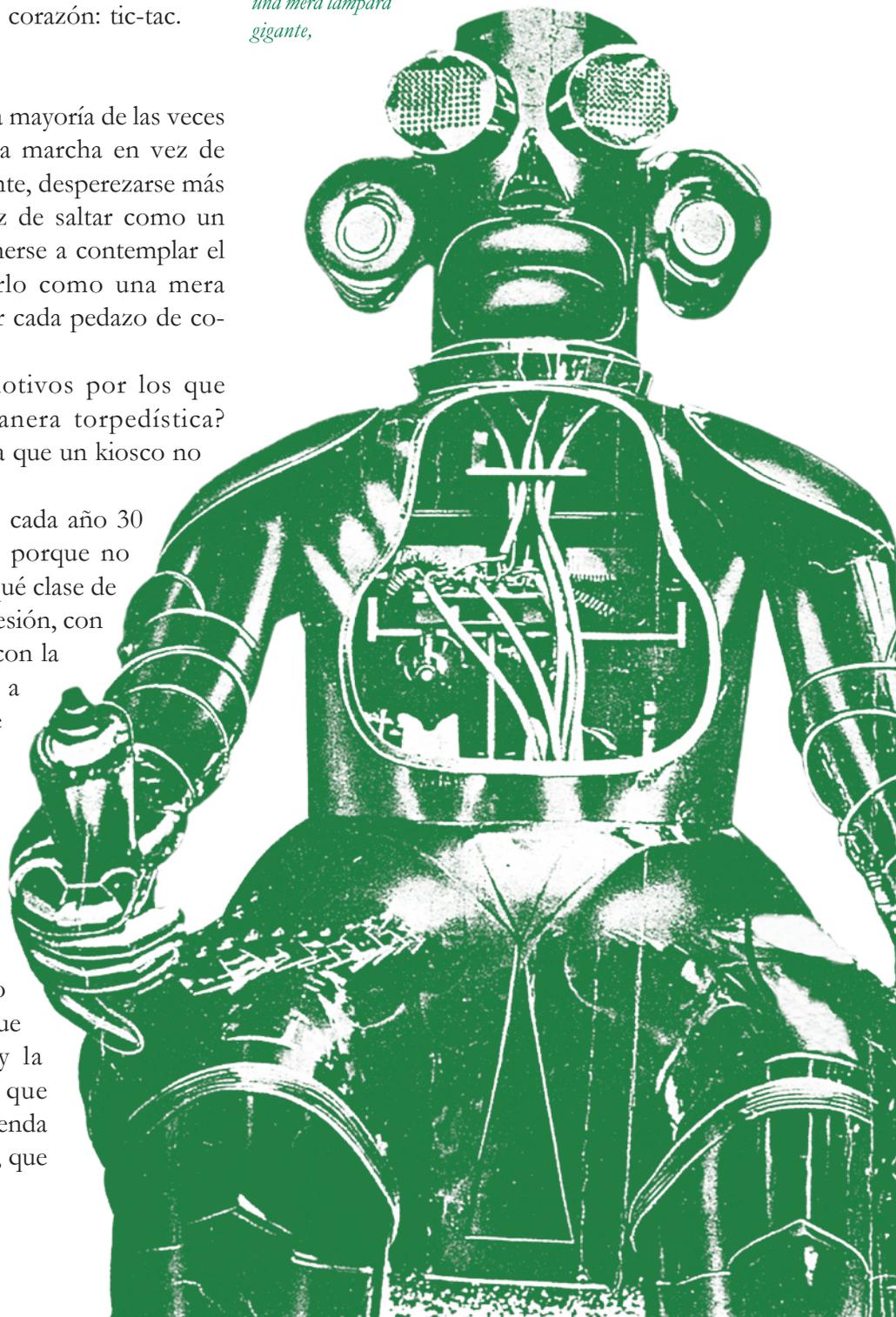
¿Cómo es posible que la mayoría de las veces uno no pueda aminorar la marcha en vez de circular ininterrumpidamente, desperezarse más tiempo en la cama en vez de saltar como un muñeco con resorte, detenerse a contemplar el sol en vez de considerarlo como una mera lámpara gigante, masticar cada pedazo de comida en vez de tragar?

¿Cuáles fueron los motivos por los que estamos viviendo de manera torpedística? ¿Cuáles son las causas para que un kiosco no deba cerrarse nunca?

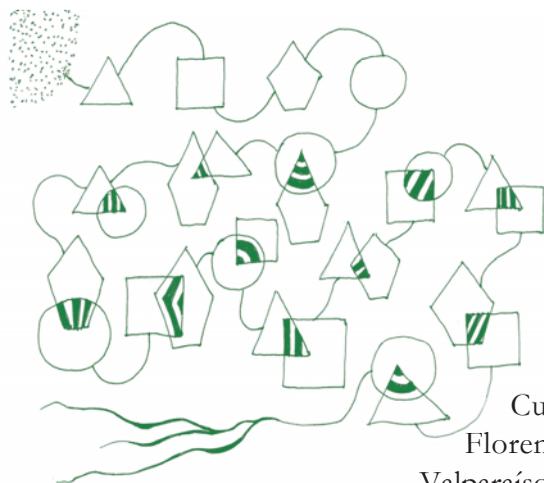
En un apartado leí que cada año 30 mil japoneses se suicidan porque no soportan esta vida. Pero ¿qué clase de vida es? Vivir a mil, con presión, con el minuterero en la cabeza, con la desesperación de no llegar a tiempo, con la sensación de estar siempre con el agua al cuello. ¿Es vida?. No lo creo, por eso hay que aprender una nueva cultura del tiempo, una concepción del disfrute, del goce, de la paciencia. Esto no significa que uno haga menos cosas, sino que les dedique el tiempo y la energía necesarios para que salgan bien. Que uno aprenda a caminar en vez de correr, que

¿Cómo es posible que la mayoría de las veces uno no pueda aminorar la marcha en vez de circular ininterrumpidamente, desperezarse más tiempo en la cama en vez de saltar como un muñeco con resorte, detenerse a contemplar el sol en vez de considerarlo como una mera lámpara gigante,

se pueda observar en vez de mirar, en fin, no es otra cosa que lo que sintetiza Eladia Blázquez: "eso de durar y transcurrir, no nos da derecho a presumir, por que no es lo mismo que vivir"...



Casualidades: cuestión de tiempo



Por Lucía Di Salvo

*Cómo dudar que nos quisimos,
que me seguía tu pensamiento
y mi voz te buscaba -detrás,
muy cerca, iba mi boca.
Nos quisimos, es cierto, y yo sé cuánto:
primaveras, veranos, soles, lunas.
Pero jamás en el mismo día.*

Ángel González

Cuando es otoño en Buenos Aires, es primavera en Florencia, y en una biblioteca perdida en Jerusalén o en Valparaíso un hombre se sienta, abre un libro rojo pesado y lee que un hombre se sienta y abre un libro rojo pesado y lee que un hombre se sienta...

Da igual cuál sea el espacio físico, lo importante es que el proceso se repita de modo constante para que, en un momento preciso, a la hora exacta, dos pensamientos, dos acciones o dos personas coincidan.

Tiempo al tiempo

El reloj nos rige como el viento a las hojas muertas. ¿Hay escapatoria?, por poco romántico que parezca, no podemos caer del presente, hoy es miércoles y será miércoles durante todo el día, a pesar de Ángel González (escritor español de la Generación del 50), y su constante vinculación del lunes con la muerte y la muerte con el comienzo de la rutina.

La regresión temporal y espacial del poeta al punto de encuentro con la amada, no sólo es ineludible, sino que es mucho más grave por el hecho de ser inevitable. No hay nada más poético ni misterioso que la casualidad, casi nunca del todo casual, de coincidir.

La literatura, dotada, por naturaleza, de una libertad única de crear; confunde éstos, los momentos reales, con aquellos artificiosos, los que yacen en el hilo discursivo al momento de la narración. Si partimos de la base de que no sólo cuenta la subjetividad del autor a la hora de edificar paredes enteras de

minutos paralelos a los de la vida "real", sino que también cuentan las restricciones semánticas de las palabras, comprenderemos que esto es grave o, mejor dicho, fatal. Los pronombres, por ejemplo, dependen de la localización espacio-temporal del hablante: de hecho ¿Cuántas veces al día puede ser *ya*? Hoy será hoy siempre y cuando no venga Mañana vestido de sicario y nos quedemos con Ayer, ya desangrado a puñaladas, no habrá mucho que hacer, a lo sumo nos darán un día de tregua.

Es evidente que el tiempo nos condiciona como hablantes: *yo* puedo ser *ella* o *vos* de acuerdo al momento y al lugar que ocupa la persona que habla, y mi *mañana* puede ser el *dentro de un mes* de mi vecino... después de todo, como dice Borges, *estamos hechos de tiempo* o, en su defecto, nosotros hacemos al tiempo con nuestra afición irreparable de poner nombre a los minutos; los etiquetamos, los guardamos en un cajón y, de repente, el hecho de recordar una fecha -que pudo haber sido otra- condiciona nuestro estado, enciende el interruptor de un momento que ya no será por el simple hecho de pertenecer a esa colección de objetos de antaño, esos que se aúnan en un único pasado irremisible, que arremete con sus artilugios en aparente ausencia: se escabulle entre las horas, sigilosamente y nos roba esa paz frágil que trae el nuevo día.

En un lugar de La Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...

No ha mucho tiempo que vivía un hidalgo manchego cuya aparición a finales del siglo XIV y comienzos del XV y el desarrollo de sus disparatadas aventuras, no son de ningún modo azarosos. Es de suponerse que en una obra del calibre de El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha ningún detalle le escapa a la meticulosa tarea de Cervantes, y esto se puede notar en la inteligente maniobra del Manco de Lepanto al hacer que Sancho y Don Quijote de La Mancha coincidieran luego del tercer capítulo y jamás, nunca jamás, antes.

No es del todo disparatado afirmar que si Sancho hubiese aparecido en el primer o en el segundo capítulo no hubiera habido molinos, ni

Ínsula Barataria, ni el episodio de la vacía y el barbero, ni molinos casi gigantes, ni rebaños casi ejércitos... sin exagerar se puede decir que, si Sancho hubiese aparecido antes del tercer capítulo, no habría hidalgo ni fiel escudero a lomo de burro.

Es evidente que el tiempo nos condiciona como hablantes: yo puedo ser ella o vos de acuerdo al momento y al lugar que ocupa la persona que habla, y mi mañana puede ser el dentro de un mes de mi vecino... después de todo, como dice Borges, estamos hechos de tiempo

Tarde pero seguro

Mal influenciado por la lectura desmesurada de libros de caballería, Alonso Quijano, pasa días y noches sin dormir, se obsesiona con la idea de hacerse caballero pero reconoce que ciertos requisitos son necesarios para lograr esa empresa: en primer lugar debe conseguir una dama a quien dedicar sus heroicas y peligrosas hazañas, luego debe encontrar un nombre para sí mismo y otro para su caballo, pues todos los caballeros cumplían con este requisito.

Convencido de su condición, el hidalgo manchego se hace de una armadura antigua -herencia centenaria de su bisabuelo- cubierta de orín y totalmente fuera de tono con la época en la que vivía; así, ataviado al mejor estilo de un caballero de la Edad Media venido a menos, se decide a recorrer los caminos y desfacer entuertos para conquistar y luchar por el amor de su dueña Dulcinea.

Esta escena es quijotesca -nunca mejor puesto el calificativo-: imaginemos a un hombre demacrado, de unos 50 años (por estos tiempos, un hombre de esa edad se encon-

traba en el ocaso de su vida), adornado con un peto oxidado, a lomo de un caballo desnutrido; decidido y convencido de convertirse en caballero andante cuando esta tradición había caducado ni más ni menos que cien años antes; en el momento histórico en el que se ambienta la obra, los caballeros sólo figuran en el recuerdo y en los "best sellers" de finales del siglo XV.

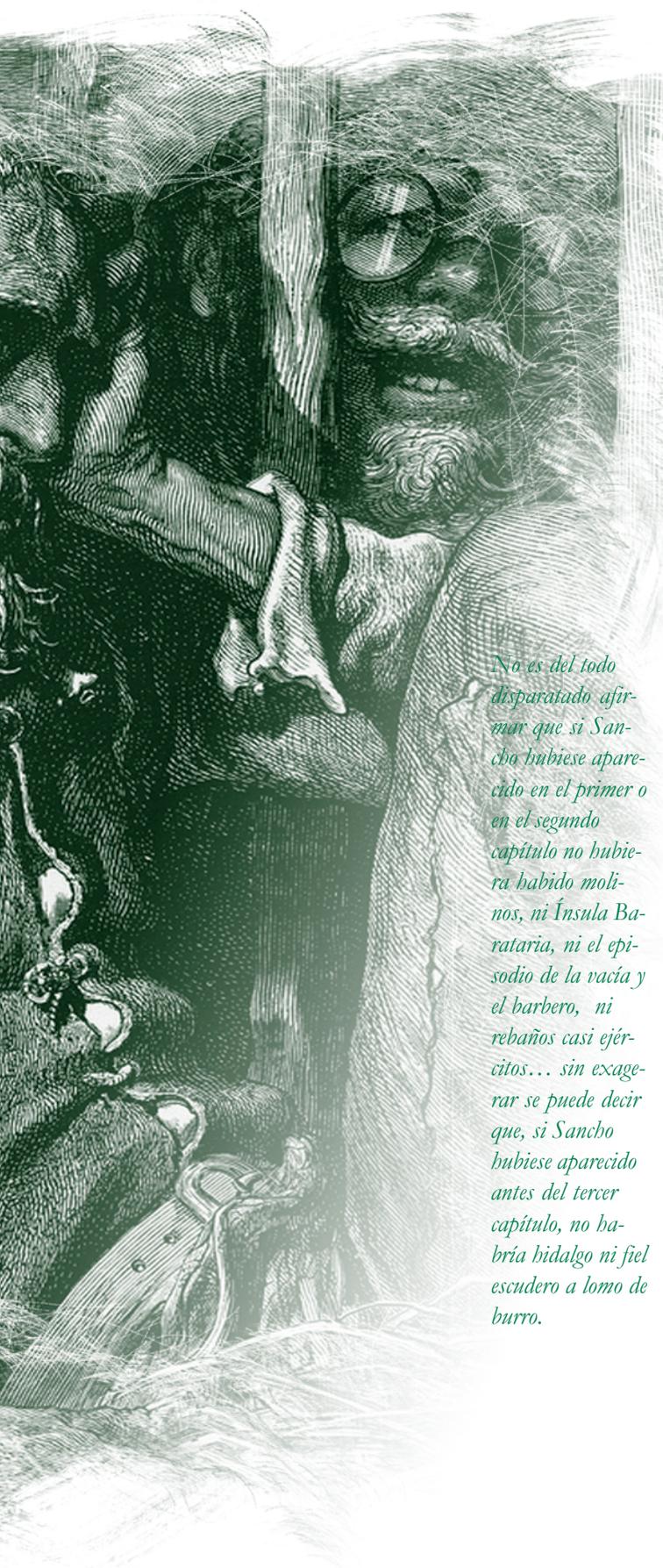
En su primera salida, luego de una cabalgata intensa a lomo de Rocinante, decide pasar la noche en una venta y aquí sucede un hecho clave. Amadís de Gaula, al igual que otros muchos ídolos medievales, había sido nombrado caballero mediante el método tradicional, es decir, una ceremonia en la cual el heroico caballero cae rendido sobre sus rodillas a los pies del rey, con la cabeza baja, a la espera del toque de la espada sobre los hombros, ansioso de oír las palabras que determinarán su destino.

Inmediatamente después, leamos la primera parte de la novela picaresca de Cervantes y notaremos cómo la misma situación, teñida de ironía, colorea las páginas de esta magnífica obra: un viejo campesino pobre, vestido de un modo anticuado, que utilizaba un lenguaje arraigado al mejor estilo de la Baja Edad Media, le pide a un ventero que lo nombre caballero; el señor de la tienda -pese a lo desopilante de la situación- accede a tal disparate a cambio de unas monedas; entonces... comienza la ceremonia: el hidalgo se convierte en caballero y sus armas, en vez de ser veladas en una iglesia, son veladas en el patio de la venta, puesto que ni capilla había en ese sitio.

¿Por qué Sancho aparece recién en el séptimo capítulo? ¿Mera casualidad o intencionalidad del autor? He aquí el quid de la cuestión: para convencer a un escudero de someterse a semejante viaje en vano, muchas condiciones deben darse; la principal de ellas, es la credibilidad de la figura del hidalgo, y esa credibilidad no está solo dada por su condición de caballero sino por su entorno; posiblemente, si Sancho hubiese presenciado la ceremonia de nombramiento, jamás hubiese accedido a tan grandilocuente hazaña.

Cualquier ser con dos dedos de frente jamás emprendería una travesía a lomo de burro, al lado de un hidalgo loco; sin embargo (casualidad o intencionalidad), se juntaron el hambre y las ganas de comer: en primer lugar, Sancho estaba gobernado por una inocencia indescriptible y a eso cabe sumarle que aparece en un momento de la obra determinado, es decir, el escudero se convierte en escudero solo y tan solo durante los escasos minutos de lucidez del Quijote. Después de dar el sí caerá en cuenta -y no del todo- que el viaje es a lomo de reloj, que las horas de paz están contadas, que no lo esperan hazañas heroicas ni galardones, sino un (contra)tiempo infinito, es decir, un pasaje directo del remoto olvido a la inmortalidad suprema.





No es del todo disparatado afirmar que si Sancho hubiese aparecido en el primer o en el segundo capítulo no hubiera habido molinos, ni Ínsula Barataria, ni el episodio de la vacía y el barbero, ni rebaños casi ejércitos... sin exagerar se puede decir que, si Sancho hubiese aparecido antes del tercer capítulo, no habría hidalgo ni fiel escudero a lomo de burro.

Sí, nos quisimos... pero jamás en el mismo día

No nos ata el amor sino esta casualidad fortuita de coincidir. Caer en el mismo lugar, en la hora precisa. Coincidir.

Cuantos poetas han soñado con la coincidencia, con una casualidad que pueda sino remontarnos al origen (quizás inexistente) donde se cruzan todos los hados, acercarnos a una persona que renace de esa otra muerte que es el olvido; después de todo... es alentador pensar que en el instante preciso en que pensamos en alguien quizás ese alguien piensa en nosotros. Nadie mejor que Macedonio Fernández; cada una de sus letras es un látigo, pero el dolor es tan placentero que uno no puede separar los ojos del papel amarillento de *una novela que comienza*; una serie de contradicciones se desglosan y caen en picada en un no-lugar del cual es imposible huir: somos propensos a la muerte, al amor, al olvido puesto que somos propensos a la casualidad de caer aquí o allá, de caminar allá o aquí. Sin precisión exacta, sin previo aviso; estamos condenados al azar y la condena es perpetua.

Por eso Macedonio nos aniquila; nos dice que quizás no seremos jamás la imagen en la retina de otra persona pero, sin embargo, probablemente conozcamos a esa persona en ese único instante pleno que permite (o no) el azar; todo esto sucede siempre y cuando seamos de los que no creen, como Fernández, *en la muerte de los que aman, ni en la vida de los que no aman*.

Llega la contradicción del día, su muerte; llega la contradicción del día, con sus fantasmas recientes y los antiguos difuntos anteriores. La necrológica es irrefrenable y un día después del homicidio, nadie reclama las injurias sufridas por el ayer, sólo queda una carta, una flor muerta dentro de un libro pesado... recuerdo de un momento, sin duda inolvidable, y ya olvidado.



Divagues y preguntas sobre Tiempo, Nostalgia y Memoria



Es posible pensar hoy en un chico que sienta el cosquilleo de los nervios, de la ansiedad, de las ganas, ante la posibilidad de sumarse a un partido político? En momentos del "qué hacés boludo?", del "y nada", del "me aburroooo" hay espacio para militancia,...

Por Luis Straccia

...compromiso, social, proyecto, deber, solidaridad... si el lenguaje constituye una ventana al mundo, una forma de vincularse con uno mismo y con sus pares. Si el lenguaje es puerta de expresión del pensamiento, la pregunta sería si dan los tiempos para pensar en otras cosas más allá del mero presente.

Si todo se acota y se repliega sobre sí mismo, no queda mucho espacio para pensar en lo colectivo. En momentos donde pareciera primar el escepticismo e indiferencia, más que repartir culpas sobre los escépticos, deberíamos replantearnos por qué existen. Específicamente en el plano político, se trata de una característica de apatía de la sociedad o es consecuencia del corrimiento del velo que ocultaba las tramas del poder?

Clarifiquemos el interrogante.

¿Se han perdido aquellas ganas de cambiar el mundo? ¿Se acabó la visión de luchar contra ciertas injusticias? ¿Ya no se cree más que donde hay una necesidad hay un derecho? Se bajaron las banderas que decían «¿los dolores que nos quedan son las libertades que nos faltan?» O más bien lo que ha ocurrido es que nos hemos dado cuenta de que dado el rol que podemos y nos dejan desempeñar en esta transformación de ciudadano en usuario-consumidor sólo somos actores útiles para unos pocos que luego llegan al poder, encargados de tomar las definiciones por nosotros y no en nuestro nombre.

Por ahí, vamos afinando un poco el lápiz.

Una encuesta publicada por el diario La Nación, el 25 de fe-

brero de este año, afirma que al 74% de los jóvenes, de entre 19 y 28 años, dice que le interesa poco o nada la política. Por su parte el 94% dijo que no participa en ningún partido, sólo al 20% dijo importarle bastante la política, y el 8% dijo tener una imagen positiva de los políticos.

Sería sumamente injusto caer en la trampa de culpar a los jóvenes. Quizás lo que ocurra es que ellos son más sinceros a la hora de decir lo que opinan de la política, porque tienen determinados modelos de lo que es la clase política en general -ya es toda una concepción el hecho de definirla como clase- y han crecido y crecen con pautas que son fijadas por los adultos- es decir por nosotros mismos.

Personalmente, y lamentablemente también, creo existe una tendencia cada vez más marcada a que aquello que podríamos definir como el interés político se concentre en:

1- Aquellos que buscan ocupar espacios de poder, ejemplos abundan de aquellos que hoy son candidatos a..., para pasar luego a ser funcionarios de..., y mañana cambiar de domicilio para poder "representar" a...

2- Aquellos que forman parte de un grupo social cualquiera, cuyo interés se centra exclusivamente en la pertenencia y defensa de ese mismo grupo, que bien podría sintetizarse en la mutación del "piquete y cacerola, la lucha es una sola" -efímera proclama de la clase media traicionada en diciembre de 2001- a vaya a saber uno qué es lo que piensa hoy de los piqueteros desocupados, esa misma señora que blandía su cacerola mientras se sentía el "Che" Guevara en la selva boliviana un día de 20 a 22Hs, en la esquina de su casa.

Nostalgia

Hoy que uno anda rondando los 40 se pregunta qué nos pasó. Y no hablo del físico, del pelo que se fue o de la panza que llegó. Hablo de otras cosas.

Recuerdo que tenía unos 12 años, corría el '83, y con mi viejo fuimos a comprar un libro que me habían pedido en la escuela. Al llegar le

¿Se han perdido aquellas ganas de cambiar el mundo? ¿Se acabó la visión de luchar contra ciertas injusticias? ¿Ya no se cree más que donde hay una necesidad hay un derecho? Se bajaron las banderas que decían "los dolores que nos quedan son las libertades que nos faltan?"

pedido al librero "la institución". Luego de andar y desandar un rato el librero entiende que en realidad lo que estaba buscando era la Constitución, y lo mira a mi papá y le dice "se da cuenta, ni el nombre conoce...". No lo dijo ni culpándome a mí, ni a mi viejo, sino a aquellos que nos habían educado en medio del desconocimiento de nuestros derechos.

Es decir que podría afirmar que a la Democracia la conocí ahí. A los doce.

Conocía lo otro, y era una mezcla rara. Porque el mundo era visto con ojos de un pibe. Eran los desfiles en plaza Moreno, con impresionantes tanques y cañones, y con soldados que me hacían acordar a los de "Combate".

En mi casa eran mi hermana estudiando medicina y puteando por lo bajo, junto con películas de policías y soldados buenos con Palito Ortega y Bala, y por ahí aparecían los cassetes de Silvio Rodríguez y Serrat, y no parecía haber contradicción. Era la Paturuzú o la Paturucito los domingos con el café con leche y las tortas fritas, compartiendo espacio con los "Comunicado N° ...Se comunica a la población que la Junta de Comandantes Generales ha resuelto.", pero también estaba la Humor...

Y si bien no conocía lo otro, la "Humor" me decía que esto no era lo bueno. Que era posible otro cine, otra música, otro algo que no estaba, que había otra cosa...

Y lo otro llegó, con fuerza,

con ganas, con movilización. Actos por todas partes, con 20 mil personas por acá, con 100 mil por allá y con más de un millón al cierre de las campañas.

Con paredones pintados por militantes, con partidos políticos que entregaban **plataformas** y discursos que emocionaban...

Si, es cierto, se **entregaban** plataformas y se discutían **plataformas**.

Y para el pibe todo era tan fuerte que aún recuerda que Alfonsín recitaba el Preámbulo de la Constitución, que usaba RA en el escudo, que el slogan del avión que pasaba sobre su casa era "Herminio Iglesias, justicialista y trabajador, a votarlo compañeros a votarlo el mundo entero, con Herminio triunfa el pueblo de Perón".

Todo era nuevo.

El desencanto

La pregunta sería por qué hoy hemos dejado de lado ciertas prácticas. Para quienes militamos en los noventa -mi primera reunión en una agrupación política fue el primero de mayo de 1990- la respuesta sería el desencanto.

No con un sistema, sino con quienes detentan el poder dentro del mismo. Y el desencanto va de la mano con la impotencia.

Poco a poco las plataformas fueron barridas por las opiniones, y la carga moral de los discursos -si bien siguió presente en su decir- cayó bajo la práctica de la cotidianeidad política.

Antes uno sabía que el peronista era peronista, que el trozko trotskista, que el Radical Radical, etc, etc. Con sus matices, sí. Con sus internas, sí. Con sus diferencias, pero siendo capaces de discutir y defender una ideología o proyecto de país...si se quiere, para no generalizar, podríamos convenir que, al menos, las bases lo hacían. Es decir las mayorías.

Pero algo mutó, casi sin darnos cuenta, como muta uno con el paso del tiempo. Donde la fotografía del pasado y la imagen del presente dan cuenta del paso recorrido. Se produjo un quiebre que aún nos separa y que pareciera hacerse más grande con el paso del tiempo.

Si tuviera que definirlo de alguna manera, hablaría de dos cuestiones.



Y para el pibe todo era tan fuerte que aún recuerda que Alfonsín recitaba el Preámbulo de la Constitución, que usaba RA en el escudo, que el slogan del avión que pasaba sobre su casa era "Herminio Iglesias, justicialista y trabajador, a votarlo compañeros a votarlo el mundo entero, con Herminio triunfa el pueblo de Perón". Todo era nuevo.

Una de ellas es que todo pareciera haberse convertido en una **mercancía**, en algo que se compra y se vende.

Un viejo compañero de militancia, que rondaba entonces por los 70 años, diría en una reunión partidaria de mediados de los 90 "esto no es una reunión política, nos hemos convertido en una bolsa de empleo". Claro, se estaban armando las listas con vistas a la elección municipal, y los muchachos se probaban los trajes. Y la discusión pasaba por el traje y no por qué era lo que se iba a hacer...

Se fracturó la construcción de un presente y un futuro colectivo, para convertirse en un proyecto cada vez más sectorializado, cada vez más individual.

La otra es la Memoria

Separemos los tantos, una cosa es la nostalgia -recuerdo idealizado, lindo para algún que otro domingo lluvioso y punto- y otra la memoria.

Esta es la que realmente importa, es la que nos va a permitir ver de donde venimos y así proyectarnos hacia adelante.

Memoria

En los veloces y fugaces tiempos actuales, todo pareciera adquirir el mismo sentido. El presente político se convierte en una serie de temas que aparecen y desaparecen de la agenda con una velocidad que asusta. Y en la velocidad el análisis es difícil.

Estos tiempos traducidos en los tiempos de la familia, del

trabajo, del ocio, nos han robado, entre otras cosas, el tiempo de la puesta en común.

Un espacio político cada vez más individual atenta contra el debate y la discusión. Un espacio personal que cada vez se cierra más sobre sí mismo, coarta la posibilidad de plantearse temas que superen aquello que con cuentagotas, y con marcada intencionalidad, nos ha llegado por los medios de comunicación.

La pluralidad de temas en danza es inverso al tiempo de análisis de cada uno, por ende se superponen y sobrepasan, generando el efecto de anularse mutuamente hasta convertirse en nada.

Lo que **sí se sostiene** es si tal o cual pareja seguirá bailando...

Sin embargo, en medio de la marabunta, se me presenta un nuevo interrogante, el desinterés actual en la política, no será acaso fruto del ejercicio de una memoria colectiva que nos recuerda ciertos hechos?

Juguemos un momento

Hubo un tiempo en que un muchacho que era Ministro de la Nación firmó un decreto que planteaba "**aniquilar** el accionar de los elementos subversivos", en el marco de un gobierno democrático. Pasó el tiempo y este muchacho ocupó distintos cargos hasta que un día llegó a gobernador y, entonces, nombró como Ministro de Seguridad a un sujeto ex militar que se amotinara en contra de un presidente constitucional. Ocupó la gobernación poco tiempo y se fue de embajador cuando las cosas se pusieron realmente feas. Su Ministro también se fue, pero hoy vuelve como asesor de la Legislatura de esa misma provincia.

Un ejemplo, hay miles, creo que cualquiera que esté leyendo esto dirá "se olvida de ciertos feudos provinciales donde parece que nada ha cambiado, ¿por qué no nombra a tal general genocida que fue gobernador, y de aquellos periodistas cómplices, y de ese otro? ¿Ehheehhh?". Bueno, comprendan mis muy estimados, que mencionarlos a todos llevaría más que el espacio de esta revista y de varios número más.

Pero bueno sería indagar sobre cómo nos



En los veloces y fugaces tiempos actuales, todo pareciera adquirir el mismo sentido. El presente político se convierte en una serie de temas que aparecen y desaparecen de la agenda con una velocidad que asusta. Y en la velocidad el análisis es difícil.

afectan esta sucesión de deslealtades, traiciones y pseudo cambios constantes de lo inmutable. Íntimamente ligado a esto, cómo pretender el análisis racional de los hechos políticos en medio de una serie interminable de hechos políticos que rozan la incoherencia.

Pero la memoria también está presente cuando recordamos que hubo un tiempo en el que nuestra sociedad no tenía ni los índices de pobreza, ni de indigencia, ni de desocupación que se presentan hoy.

Si el modelo que se instaló hace más de 30 años, condujo a la gran mayoría a un mundo de mera subsistencia, donde no hay o no se vislumbran posibilidades de **proyectarse hacia** otro lugar mediante el estudio y el trabajo.

Si nos han/hemos empobrecido económica, social y culturalmente, por qué hemos de cuestionar que los muchachos hoy pintan, votan en la interna y en la general para uno o para otro, de acuerdo a quien ponga el dinero.

Por qué hemos de sorprendernos que los programas pseudo progresistas filmen el rostro del pibe borracho que está en un acto, alcoholizado, sin saber a quien fue a escuchar -sin pensar en las consecuencias que tal imagen traerá en el futuro para el involuntario protagonista de la nota- en vez de girar la cámara y el micrófono hacia el orador y cuestionar... Por qué ha de llamarnos la atención el esfuerzo que se pone en montar escenarios, espectácu-

los y auditorios, donde prima la forma -con la fuerza de la cámara en movimiento y de los ángulos y tics prolijamente estudiados-. Donde los protagonistas se vanaglorian de juntar multitudes que son incomparables con aquellas de las que hablaríamos al comienzo. Incomparables en número. Incomparables en sentido de pertenencia a una idea política. Incomparables de sentido.

Por qué, entre tantas cosas que quedan sin mencionar y entre tanta miseria, preponderantemente de los que detentan el poder, ha de ser difícil de entender el que los sueños de un mañana se conviertan en retazos de un mero presente perpetuo.

La pluralidad de temas en danza es inverso al tiempo de análisis de cada uno, por ende se superponen y sobrepasan, generando el efecto de anularse mutuamente hasta convertirse en nada.

Lo que sí se sostiene es si tal o cual pareja seguirá bailando... Sin embargo, en medio de la marabunta, se me presenta un nuevo interrogante, el desinterés actual en la política, no será acaso fruto del ejercicio de una memoria colectiva que nos recuerda ciertos hechos?



www.revistacrepusculo.com.ar





Por Verónica Sol Schmidt
v.sol.sch@gmail.com

Corta(za)r el tiempo

Cómplice del destino o, tal vez, enemigo irreconciliable, el tiempo nos muestra que la naturaleza humana tiene un designio fatal: perecer. Perecer en el tiempo y a través del tiempo, pero no con él. No con él que no responde a nuestros parámetros. No con él que nos trasciende, que nos gobierna, hasta agotarnos.

Desde un tiempo sin tiempo, el tiempo amenaza con ser agujero negro de la existencia: y resulta sospechoso adivinar que en la edad biológica se plasma su acecho, ese del que jamás nos veremos libres hasta que el cuerpo mismo se convierta en ultimátum del tiempo. Nacemos en el seno del tiempo. Y nos hacemos a través del tiempo, transcurrimos en él, hasta escurrirnos en él... y perecer.

Tal vez porque no nos es develado su secreto estamos destinados a querer descifrarlo. A querer ser como el tiempo sabiendo existente un reloj biológico que da por tierra instantáneamente con semejante superchería. Temerarios por naturaleza, pretendemos violar las leyes del tiempo, desafiarlo. No sólo persistir a través de él en una sucesión indefinida de unidades temporales (eternidad creo que la llaman) proyectando una falsa juventud hacia un futuro impreciso, viviendo más años de los que el cuerpo soporta a costas, sino además viajar en el tiempo retrocediendo y avanzando según le plazca al chofer, infringir los paradigmas que conectan tiempo y espacio acortando la ruta que comunica dos lugares, o estando en ambos sitios a un solo tiempo. Esto y más se nos antojaría pese a que, no hace falta mencionarlo, es todo en vano.

El cuerpo es un dibujo que va trazando el tiempo a lo largo de los años y que nos identifica. Si el tiempo se materializa en nosotros de alguna manera, creo que no es otra sino a través del cuerpo. Cuerpos que cambian con el tiempo que los gobierna y que inútilmente intentamos disfrazar gracias a los avances tecnológicos de la cirugía plástica y la cosmética. Es que el tiempo nos oxida. ¿Coquetería? A veces, sí... y preferiblemente sí, porque

si algo le está vedado a nuestro libre albedrío es escaparle al tiempo, esquivarlo, vencerlo. Aún así, la realidad es tiempo y el tiempo se nos esfuma.

El cuerpo, entonces, es nuestro mapa de tiempo, reloj de arena de la sangre. Los griegos lograron hacer caso omiso a esta condena ineludible mediante una estrategia bastante ingeniosa: su categoría de atemporalidad, capaz de prolongar al infinito nuestra fecha de vencimiento. De todos modos, no intento ser literal (sino más bien literaria), cuando digo que el tiempo se nos esfuma. Pues nada niega, supongo, nuestros ases bajo la manga. (El lector puede esperar aquí una reseña cronológica -valga la redundancia- de fracasados intentos de artilugios conocidos como «máquinas de tiempo». Sepa, pues, que carezco de los datos necesarios para embarcarme en tal empresa, por lo que debe ir abandonando esa suposición).

Y digo «ases bajo la manga»: alejandrías de ejemplares literarios pueden, en parte, atestiguar lo que estoy insinuando; pero antes, mejor, vayamos a las raíces (ahora sí, literalmente).

Un árbol bajo la manga...

Para empezar, el mito. Qué mejor, cuando de tiempo se trata, que comenzar por esa instancia de límites difusos, de principios inciertos, borrosos y oscuros como es el mito. Ese relato de nadie y de todos, como el tiempo, es a la vez que el tiempo algo existente desde el principio (o, al menos, algo que podría tomarse como dado). Y, como el tiempo, el mito también tiene algo de misterioso. No es menester que la analogía respalde mi alusión al mito, pero sí, a lo mejor, nuestro propio recorrido a través de los pedregosos senderos del tiempo.

Desde que habitamos el tiempo (es decir, desde un primerísimo principio) estamos condenados a elegir. Elegir implica una fuga, un salto en el camino de ramas que se bifurcan. Somos algo, porque no somos otra cosa. Optar: esta es la máxima, una emperatriz cruel en la linealidad del tiempo. Nos está vedado hacer dos cosas a la vez, que coexistan p y $\sim p$ en un mismo

El cuerpo es un dibujo que va trazando el tiempo a lo largo de los años y que nos identifica. Si el tiempo se materializa en nosotros de alguna manera, creo que no es otra sino a través del cuerpo. Cuerpos que cambian con el tiempo que los gobierna y que inútilmente intentamos disfrazar gracias a los avances tecnológicos de la cirugía plástica y la cosmética. Es que el tiempo nos oxida.

segundo es siempre imposible. Tomar decisiones, descartar, recorrer una sola de las ramificaciones en las encrucijadas donde el tiempo se escinde. Los nórdicos supieron plasmar nuestra condena temporal en la sencilla pero mística figura de un árbol: el fresno Yggdrasill.

Según el mito, este árbol no sólo conecta todas las cosas y todos los mundos, sino que a sus pies se encuentran el Pasado, el Presente y el Futuro. Sus ramas, que se extienden a través de todos los países y de todos los tiempos, representan, cada una de ellas, una elección. Es decir, eso que está ausente en nosotros porque estamos obligados a optar, y al optar, descartamos, coexiste simultáneamente en Yggdrasill. Eso que pasaría si nos hubiésemos resuelto por otra alternativa, esa incertidumbre del «qué pasaría si...» que muchas veces nos atormenta en el momento de elegir o después de haber optado, todo, está presente en el árbol y, así, sus ramificaciones se extienden al infinito. Pero este ideal no se cumple en la práctica. La experiencia nos confirma que el mito en mito se queda y que nosotros, de momento, tenemos que limitarnos a elegir.

No obstante, el mito aporta una salida. El árbol del tiempo es a nosotros lo que el tiempo no: un tiempo completo, constante, donde pasado y futuro son parte del aquí y ahora, se hacen visibles, se revelan, por más ruborizadamente tímidos que los presente nuestro tiempo

lineal que no nos los deja recorrer. Pero qué pasaría si... un cuento irrumpiese en nuestro camino.

...y un cuento bajo la otra

No hay garantías de que el tiempo no se mofe a escondidas de nuestros oníricos recursos. Sin embargo, podemos osar reírnos de él en un truco de palabras. El cuento realiza, unifica, materializa las posibilidades bocetadas por Yggdrasill. La mitología nórdica esboza la integridad temporal como algo natural (en este caso, en el sentido de universal) pues el árbol dibuja el paradigma del tiempo, pero como constante, como posibilidad siempre latente, no, en cambio, su realización concreta. Pero es posible encontrar un buen carpintero que, talando ramas conscientemente escogidas, sepa armar un dispositivo para materializarlo: la literatura de Cortázar convierte el tiempo de Yggdrasill en algo particular (la generalidad del mito se hace carne en la particularidad del cuento). Da nacimiento, así, a suertes de Judas que vienen a revelarse contra el tiempo, tirano dios de las horas.

Las leyes del cuento son, precisamente, las de un tiempo sin ley. No más linealidad, no más matrimonio entre él y el espacio. El cuento, más afín al mito, plasma al tiempo en su estado puro, libre de las restricciones que nos obligan a conocer de él sólo su costado unidireccional. No es, pues, el tiempo formal, sino el tiempo de entre casa, el que nos muestra Cortázar en sus cuentos.

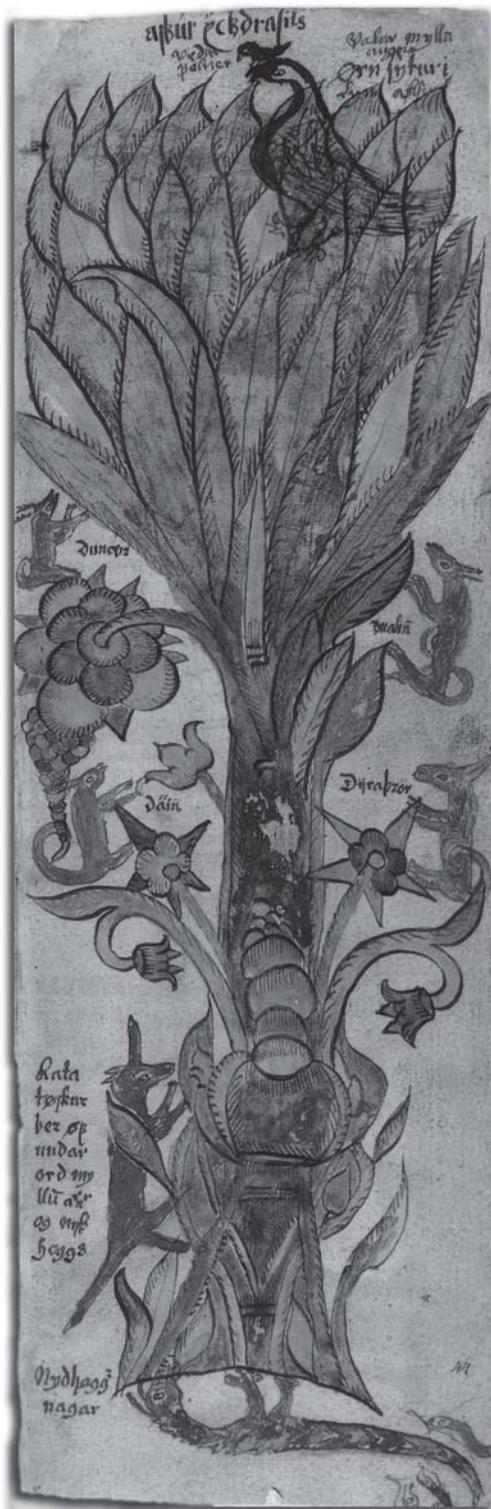
En «Lejana»¹, por ejemplo, vemos cómo el diario de Alina Reyes no cuenta una sola historia, sino dos historias simultáneas, la de ella que es «la reina y...» (los puntos suspensivos son la primer pista del mapa del tesoro). Este cuento narra, a través del diario íntimo de Alina, la reina, cómo ésta tiene conciencia de la existencia de su doble, cómo siente su presencia en algún lugar bajo la basta cortina de estrellas que nos entierra por la noche. Y el conocimiento de esta otra realidad (o misma realidad escindida, una realidad en la que no opera el tiempo) la inquieta

constantemente. Alina odia su otro yo, lo odia porque lo conoce, y lo conoce porque es ella (o alguna de las dos) quien está franqueando los límites del tiempo y el espacio. Alina es y no es porque sabe ser a través del tiempo. Las reglas de la ficción permitieron trazar un puente que barre el aquí y ahora de todo lo inmediato para hacer del presente algo simultáneo; para poder recorrer, sin caer en los límites de la opción, dos de las direcciones que Yggdrasill trazó en sus ramas. El motivo del doble permite estar en dos lugares a la vez, ser dos personas a la vez, realizar dos elecciones a la vez sin necesidad de escoger una sola. Algo similar sucede en «El otro cielo»²; otra vez aquí el tema del doble permite analizar una misma subjetividad dividida, repartida por ahí, al azar (o no), en un mismo tiempo, pero espacios distintos. Lo que teje esta realidad híbrida es, inevitablemente, dos historias que se van entrelazando. Así, el cielo de uno es Buenos aires; el del otro, un París de antaño.

El tema del doble puede resultar un aspecto interesante para cuestionar los límites espacio-temporales. Sin embargo, creo que Cortázar no se planta en esta alternativa: su truco bajo la manga es un as de fuego. Así, me interesa un cuento en especial para mostrar cómo podemos desafiar al tiempo, desafío que no se queda, no se consume en los límites arbitrarios del papel impreso. «Todos los fuegos el

Las leyes del cuento son, precisamente, las de un tiempo sin ley. No más linealidad, no más matrimonio entre él y el espacio. El cuento, más afín al mito, plasma al tiempo en su estado puro, libre de las restricciones que nos obligan a conocer de él sólo su costado unidireccional. No es, pues, el tiempo formal, sino el tiempo de entre casa, el que nos muestra Cortázar en sus cuentos.

Los nórdicos supieron plasmar nuestra condena temporal en la sencilla pero mística figura de un árbol: el fresno Yggdrasil.



fuego»² permite pensar el tiempo como fiel aliado del caos... despojarlo de ese disfraz de linealidad que los relojes supieron imponerle a nuestro crédulo aparato perceptivo.

Que este cuento narra paralelamente dos historias podemos reconocerlo sin obstáculos desde el principio. Por un lado, el combate entre gladiadores y la pasión que Irene, esposa del procónsul, sentía por uno de ellos; y por el otro, el oculto romance entre Sonia y Roland que acaba de ser develado a Jeanne. La primera transcurre en algún circo de la Italia antigua; la segunda, lejos ya de esas costumbres, presenta un escenario urbano, una realidad posterior. Ahora bien, ¿qué las conecta? La hormiga dictando cifras, aparentemente inconexas y absurdas, desde algún lugar remoto nos da un indicio: el tiempo no tiempo quizá las conecte.

Al principio, la organización espacial en que están dispuestas las historias podría alejarnos un poco de la conclusión que esta hipótesis implica; el punto y aparte separa los dos mundos, y así la sintaxis, aliada del tiempo real, encubre, separa, disimula el significado literario. Pero pronto vemos que esta brecha tajante se va haciendo cada vez más relativa: el tiempo ya no se diferencia en el plano gramatical, el dictado de la hormiga (apelativo que escogen para aludir a «la voz») logra también entrelazar horizontalmente una historia junto a otra con un punto seguido que marca complicidad entre ellas. Jeanne llama a Roland. Ambos oyen cifras como cortina musical en el teléfono: si nuestro tiempo es un tiempo lineal, la clave para entender un cambio en los parámetros, un cambio en el orden «común» de las cosas, es lo que anuncia una voz remota que sólo repite números al azar (trescientos cincuenta y cuatro, doscientos cuarenta y dos, ochocientos ochenta y ocho, cuatrocientos dieciséis, treinta y dos). Sin lugar a dudas, esta no es nuestra linealidad, no hay una secuencia, no hay cadena ni sucesión ordenada (la hormiga se revela mensajera del tiempo). Roland lo había advertido, tal vez sin darse cuenta, cuando le dice a Jeanne por el teléfono: «En todo caso (...) está utilizando el teléfono para algo práctico»; y también Jeanne,

según nos advierte el narrador: «Jeanne ha creído siempre que los mensajes que verdaderamente cuentan están en algún momento más acá de toda palabra; quizás esas cifras digan más, sean más que cualquier discurso para el que las está escuchando atentamente (...)».

Esta constante alternación de números dispersos marca el desorden de lo lineal, el desorden del tiempo, su destrucción. Este azar pauta el viaje a través del tiempo para traer aquello que había sido olvidado: el pasado ya no es lo que fue, sino que convive con lo que está siendo. Al final del relato, un episodio común es la prueba empírica (intrínseca a la ficción) que descubre el ardid del tiempo: las llamas marcan el punto de encuentro e inflexión: el fuego, igual que el tiempo, consume. El fuego, presente en dos lugares diferentes, en dos épocas distintas (pero en un mismo momento), es el lazo de tiempo que conecta las dos historias. Dos momentos distintos en un tiempo que no los diferencia: el fuego hace explícito el juego de un tiempo que remolinea, hace visibles en un solo plano las tres nornas de Yggdrasill (Pasado, Presente y Futuro); plano que, desde nuestra perspectiva unidireccional, sólo pueden recordarse, recorrerse o proyectarse pero nunca superponerse. Y así, el fuego consume el departamento de Roland, y con él arden Roland y Sonia, que descansaba en el mismo lecho; arde el público de la lucha de gladiadores, arde Irene, arde el procónsul. Pero no arde ni se consume el tiempo.

Todos los tiempos el tiempo

Es gracias a la literatura que podemos degustar un tiempo gourmet. Ella sabe meter el tiempo en la licuadora y procesarlo a varias velocidades caprichosamente. La hoja es el tiempo del cuento. La hoja reúne, aglomera, aquello que nuestro tiempo no nos dejaría concebir paralelamente. Es posible infringir los límites, desdoblarnos, hacer un collage de presente y pasado en un plano único, gracias a la hoja que permite insertar dos momentos en un mismo lugar, hacer de dos tiempos uno solo

la literatura de Cortázar convierte el tiempo de Yggdrasill en algo particular (la generalidad del mito se hace carne en la particularidad del cuento). Da nacimiento, así, a suertes de Judas que vienen a revelarse contra el tiempo, tirano dios de las horas.



y acomodarlos en un torbellino para nada lineal, para nada real... si es que nuestra realidad es tiempo.

He aquí nuestra anhelada revancha: sudor de tinta sobre la hoja desierta.

Tal vez el tiempo sea tiempo porque, en nuestra enferma

Es gracias a la literatura que podemos degustar un tiempo gourmet. Ella sabe meter el tiempo en la licuadora y procesarlo a varias velocidades caprichosamente. La hoja es el tiempo del cuento. La hoja reúne, aglomera, aquello que nuestro tiempo no nos dejaría concebir paralelamente. Es posible infringir los límites, desdoblarnos, hacer un collage de presente y pasado en un plano único, gracias a la hoja que permite insertar dos momentos en un mismo lugar, hacer de dos tiempos uno solo

necesidad de ponerle a todo un nombre, la eternidad hubo de ser nombrada y la llamamos «tiempo». Tal vez, por esa sed de significantes, tuvo que hacerse palabra para poder ser desafiado verbalmente. Tal vez porque no podemos ser eternos en la vida, en esta agónica batalla contra los límites de nuestra biología sólo podemos alcanzar el botín de eternidad a través de la literatura y, quizá, la mitología. Y tal vez, y sólo tal vez, en esta breve victoria literaria la palabra tenga algo que ver en el asunto. (Ahora, qué paradoja que sea algo breve, en cuanto finito, lo que nos haga eternos).

¹ Cortázar, Julio. Bestiario, Alfaguara, Buenos Aires, 2006.

² Cortázar, Julio. Todos los fuegos el fuego, Editorial Sol, Barcelona, 2001.



Sin tiempo no hay vida y sin vida no hay tiempo



Por Ana Serrano

En nuestro lenguaje cotidiano decimos habitualmente y según las circunstancias que ganamos tiempo, perdemos tiempo, hacemos tiempo, corremos carreras contra el tiempo, pasamos el tiempo, son buenos tiempos, son malos tiempos, es mucho tiempo, es poco tiempo, no tenemos tiempo.

Pero ¿qué es el tiempo?

Cuando pienso en el tiempo inmediatamente me imagino un anciano con bastón y barba blanca muy larga, igual al dibujo de la tapa del Billiquen, allá por los años 50, con una banda sobre el pecho con el número del año que acababa de terminar al lado de un bebe rubio y sonriente que representaba el año nuevo. O la imagen de un reloj de arena.

La idea del tiempo asociada a la caducidad y la medida.

Podemos medir el tiempo. Y medirlo se nos hace imprescindible. El calendario maya, el chino, el judío, el occidental y cristiano, el de taller mecánico o la gomería («sólo para hombres», nos decían, cuando las mujeres desnudas no aparecían en televisión)

Y el reloj: a cuerda, el electrónico, el de sol, el de arena, el de agua, el atómico, el digital.

Todas las civilizaciones y todos los tiempos han medido el tiempo.

Pero ¿qué es el tiempo?

Para San Agustín, una cualidad del alma. Claro, como definir algo que todos conocemos pero que no es. Trato de entenderlo. El pasado no es porque ya fue. El futuro no es porque no fue. Y el presente deja inmediatamente de ser porque de lo contrario no sería presente sino eternidad. El hoy es una especie de fantasma entre fantasmas.

Entonces el tiempo no existe y si no existe ¿cómo podemos medirlo? Mejor arranco para otro lado porque sino me voy a las nubes de Ubeda (¿se acuerdan de la frase?) y después termino hablando sola, ante el espanto de mis hijos y de mi hermana, a la

que llamaron para la ocasión y, mientras yo camino sin parar por toda la casa murmurando incoherencias, ellos deliberan en la cocina si es conveniente internarme inmediatamente o pedirme que me acueste a dormir.

El Dr. Pérez Amunchastegui, querido y recordado profesor de historia, nos decía en la colmada aula magna de la Facultad de Filosofía y Letras terminando los 60 (mientras le tiraba un tizazo a algún alumno que, cansado, se dormía en el fondo), que si a las cosas le sacábamos el tiempo no eran nada o eran otra cosa. Y ante mis ojos asombrados mostraba una lapicera, que era lo que tenía a mano (podría haber sido el escritorio, un libro, la pared o una heladera) y explicaba que sin el tiempo incorporado ese objeto no sería ese objeto, sería otra cosa (un metal en una roca por ejemplo) o no sería nada. Y así simplemente abrió en mi cabeza la dimensión desconocida del tiempo asociado a la memoria, al pasado, a lo que fue y ya no es pero que de alguna manera está, en definitiva, a la historia.

Y otra vez el tiempo asociado al no ser. Otro lío. Huyamos.

¿Podemos pensar cualquier cosa sin pensar en el tiempo y con el tiempo? Parece que no. Lo mismo que el espacio. «Sin espacio y sin tiempo no hay posibilidad de pensamiento humano» (Yo no sé si puede haber otro), eso lo dijo Kant. Son categorías a priori que tiene el hombre para pensar, para conocer la realidad. Me parece que tiene razón. Yo intenté sacar el espacio y el tiempo a las cosas o a las circunstancias y no pude entender nada. Quiere decir que el tiempo no está afuera sino adentro nuestro. ¡Volvamos a salir corriendo! Como va a estar adentro si lo vemos transcurrir afuera. Se suceden las estaciones. Tenemos frío o tenemos calor. Se siembra o se cosecha. Empiezan las clases, terminan las clases. Los chicos crecen, envejecemos, los viejos se mueren. (A veces, por desgracia, los chicos también) ¿Qué el tiempo no existe? ¡¡¡Por favor!!! -Díganmelo a mí que me llené de canas-. "Las nieves del tiempo platearon mi sien" nos dice el tango en una terrible confesión del

ocaso. Cronos "el tiempo" hijo del cielo y de la tierra, devoraba a sus hijos al nacer, según nos relata el mito griego. ¿Linda imagen no? Porque ¿acaso cuando nacemos no empezamos a morir?

"Y buahhh, ¡Que se le va a hacer!" decía Doña Lela allá en el barrio y todos los vagos repetían a coro. A resignarse y tirar para adelante. Para adelante y nunca para atrás porque aunque quisiéramos no podemos dar vuelta la flecha y volver atrás la vida. Dígame si alguna vez no lo ha deseado. Volver atrás en el tiempo para arreglar alguna macana que hicimos o para hacer lo que no hicimos por abulia o falta de coraje. Mire si será humano el deseo que el viaje en el tiempo es un tópico de la literatura y del cine. No sospechó acaso, aunque sea un ratito, si no están buscado esa posibilidad con la monstruosa máquina que comenzó a funcionar ahora y que empezó a construirse hace 20 años y que costó tantos millones de euros que podrían haber hecho desaparecer el hambre del mundo para siempre. Dicen los científicos que están buscado la "partícula de Dios". ¿Será cierto? ¿No se habrá colado de nuevo el tiempo en el proyecto?

El tiempo entonces, eso que no es pero se puede medir, que va siempre para adelante, que no se puede detener, que parece que está afuera pero en realidad está adentro, para colmo, no tiene precio o mejor dicho no se puede comprar.

"Yo con toda la plata que

Todas las civilizaciones y todos los tiempos han medido el tiempo.

Pero ¿qué es el tiempo? Para San Agustín una cualidad del alma.

Claro, como definir algo que todos conocemos pero que no es.

Trato de entenderlo. El pasado no es porque ya fue.

El futuro no es porque no fue.

Y El presente deja inmediatamente de ser porque de lo contrario no sería presente sino eternidad.

El hoy es una especie de fantasma entre fantasmas.

tengo no puedo comprar esa palmera que tiene cien años y que está en la casa de al lado para ponerla en mi jardín" me dijo una vez un señor. Asombrada descubrí (era joven todavía) que lo que lo que este señor no podía comprar era el tiempo y que tiempo es una de las pocas cosas que los hombres no podemos cambiar por dinero. ¿Qué ironía no? . En este mundo manejado por el mercado, donde todo se compra y todo se vende, las cosas, las conciencias, las almas y si escurbamos un poquito hasta el amor, no podemos comprar la vida. Sin tiempo no hay vida y sin vida no hay tiempo, y como si fuera poco, los tiempos de ahora no vienen como los de antes, como decía Ursula Buendía viendo llover en Macondo (no me acuerdo si lo dijo viendo llover pero no importa, en Macondo siempre llueve) El tiempo se achicó. El día se hizo mas corto y la noche también. Ahora nunca tenemos tiempo y tanto se achicó que ya ni los chicos se aburren los días de lluvia. Claro, con tanta materia extracurricular tienen que correr de la clase de inglés a la de computación y de la de computación a la de plástica y encima una vez por semana ensayo de coro o de flauta dulce Ah! me olvidaba las dos sesiones con la psicóloga. Y a la odontóloga una vez por semana por la ortodoncia. Todo pautado, cronometrado, medido. Y tienen 8 años.

"No le hagas perder tiempo mamá, que haga los deberes, se bañe, coma y se acueste temprano que mañana (sábado) tiene feria de ciencias en el colegio y se tiene que levantar muy temprano", grita mi hija en el teléfono mientras mi

nieto y yo, cómplices en la travesura, llenos de barro buscamos hormigueros en el jardín y hacemos oídos sordos a las recomendaciones maternas. Total ya tenemos programa. Nada de tarea por hoy, nada de baño temprano. A comer pizza y helado en la cama grande (prohibido absolutamente cuando mis hijos eran chicos) mientras miramos "Brujillizas" en Disney Chanel.

Porque ni los chicos pueden "perder tiempo". Hoy hasta ellos corren. Todo es rápido, veloz, urgente. La eficiencia se confunde con rapidez y lo urgente se confunde con lo importante. Tanto nos cronometran, nos pautan y nos agendan que hasta en las vacaciones corremos. Tenemos que apurarnos para ver todo, para hacer todo, para comprar todo. Y ni te cuento de los viajes programados por las agencias. ¡Vea 15 ciudades en 20 días que incluyen 18 museos, 14 templos y por supuesto 28 grandes tiendas!.

Nunca se preguntó ¿qué corremos? Yo sí pero sigo corriendo. Parecemos burros con una zanahoria atada delante de los

Porque ni los chicos pueden "perder tiempo". Hoy hasta ellos corren. Todo es rápido, veloz, urgente. La eficiencia se confunde con rapidez y lo urgente se confunde con lo importante. Tanto nos cronometran, nos pautan y nos agendan que hasta en las vacaciones corremos.



Escribínos

Notas Colaboraciones Críticas Comentarios Alabanzas Opinión Cuentos Loas Insultos Relatos

Info@revistacrepusculo.com.ar

Los correos deben ser enviados con Firma, DNI, Dirección

ojos. ¡Pobre burro! Por más que corra y se apure nunca la va a alcanzar. Así vivimos, si hasta para hacer el amor programamos los días. Y los hijos los planificamos casi con fecha y hora, después que nos compremos el auto o paguemos la casa o hagamos el viaje a Europa.

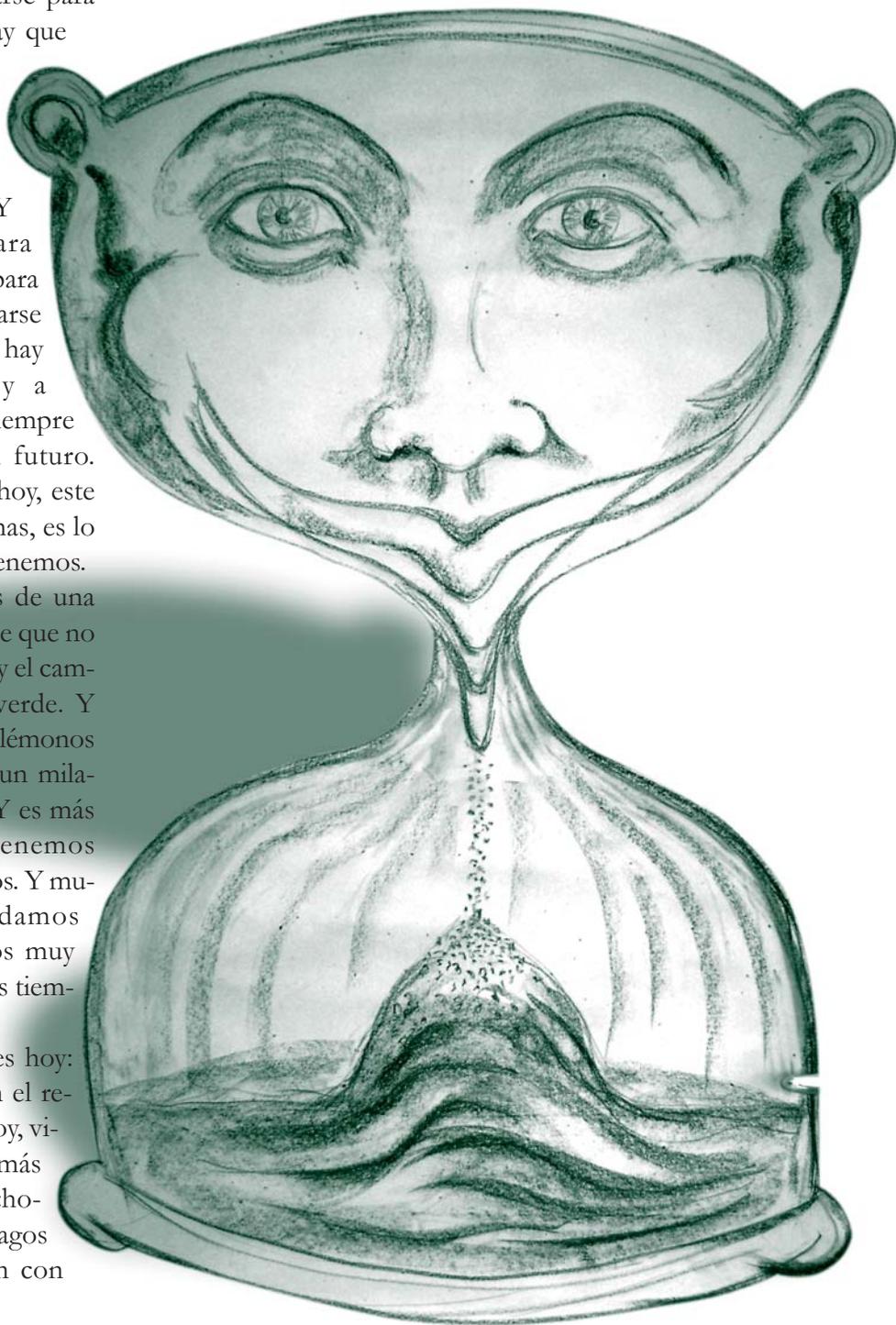
Hoy hay que apurarse para terminar el colegio, hay que apurarse para ser grandes. Para tener sexo por primera vez, para tener novio o novia. Para vivir en pareja. Y hay que apurarse para separarse o divorciarse para volverse a casar. Apurarse para sacar el crédito y hay que apurarse a pagarlo y a sacar otro. Vivimos siempre para mañana, para el futuro. Nunca para hoy. Y el hoy, este fantasma entre fantasmas, es lo único que de verdad tenemos.

Por eso pensemos de una buena vez que, amanece que no es poco, que sale el sol y el campo volvió a ponerse verde. Y perdamos tiempo. Regalémonos tiempo. Que vivir es un milagro y es maravilloso. Y es más maravilloso aún si tenemos conciencia de estar vivos. Y muchas veces no nos damos cuenta porque estamos muy ocupados y no tenemos tiempo.

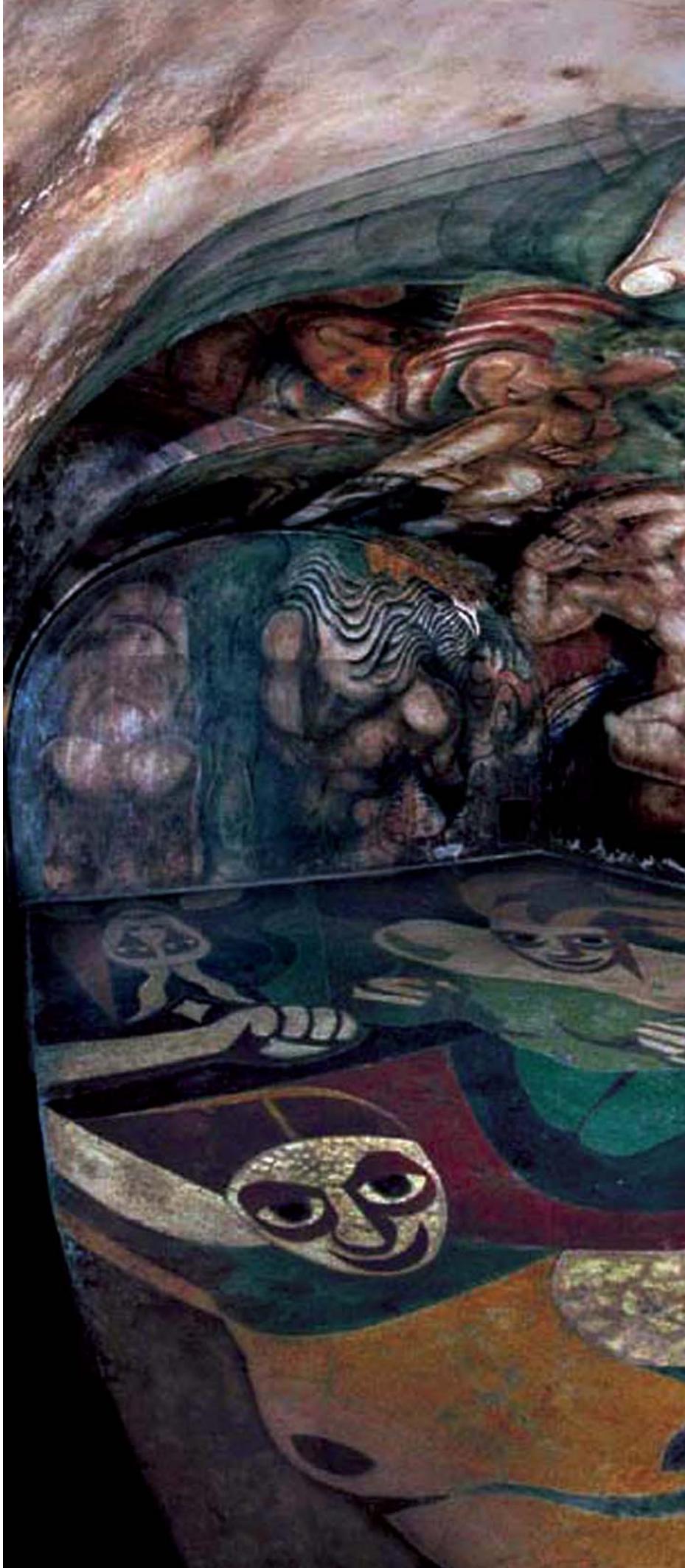
Por eso el tiempo es hoy: "carpe diem" como en el renacimiento, vivamos hoy, vivamos el día o dicho más fácil. "A vivir que chocan los planetas" (los vagos de mi barrio lo decían con otro verbo).

Vivimos siempre para mañana, para el futuro. Nunca para hoy. Y el hoy, este fantasma entre fantasmas, es lo único que de verdad tenemos.

¿Qué ironía no? . En este mundo manejado por el mercado, donde todo se compra y todo se vende, las cosas, las conciencias, las almas y si escurramos un poquito hasta el amor, no podemos comprar la vida. Sin tiempo no hay vida y sin vida no hay tiempo,



Ejercicio Plástico





Como si dibujara sobre una servilleta, Siqueiros consideró que el soporte indicado para plasmar sus ideas, fuese la pared.

Por María Eugenia Bouza

Hay quienes tienen como pasatiempo, al conseguir un bolígrafo, probar el trazo del mismo en cualquier papelito, servilleta o borde de periódico. Dichos grafismos, a modo de ejercicio de finomotricidad, se conciben como dibujos inconscientes, sin sentido, declaraciones de amor o bocetos para futuras obras sublimes.

Como si dibujara sobre una servilleta, Siqueiros consideró que el soporte indicado para plasmar sus ideas, fuese la pared.

La pintura mural, técnica artística de larga data en la historia del arte -que en el cinquecento Miguel Ángel hizo conocida con la Capilla Sixtina-, consta en la percepción de una imagen que utiliza como soporte un muro inmerso en un espacio arquitectónico. David Alfaro Siqueiros, nacido en Chihuahua, México, fue educado en un arte clasicista con un amplio dominio en las técnicas tradicionales y de la composición, a las que luego tanto aborrecería. Prácticamente desde su ingreso participó en forma activa de huelgas de estudiantes, logrando grandes cambios para la escuela de arte. Su vida juvenil está intensamente cruzada con la Revolución Mexicana. El compromiso político, lentamente forjó una personalidad muy dura, avasalladora, descollante, omnipotente y a la vez genial. Nunca dejó de dibujar y pintar. Definió su postura en el arte al viajar a París junto a Diego Rivera, cabe destacar que ambos planteaban un arte ligado a la revolución, al compromiso con el pueblo mexicano. La admiración por sus contemporáneos, el arte cinético, la máquina, la vorágine de los principios del siglo XX, se concentraron en el *Llamamiento a los plásticos de América* en 1921.

El pensamiento de Siqueiros apuntaba a un único camino para el arte: la supresión de las clases sociales y la incorporación de los artistas a la revolución social.

Ejercicio Plástico

La lectura de una obra de arte, supone el conocimiento sobre la vida del autor y el contexto histórico en el que fue realizada, ya que ambos elementos contribuyen a la comprensión de la pintura por parte del lector.

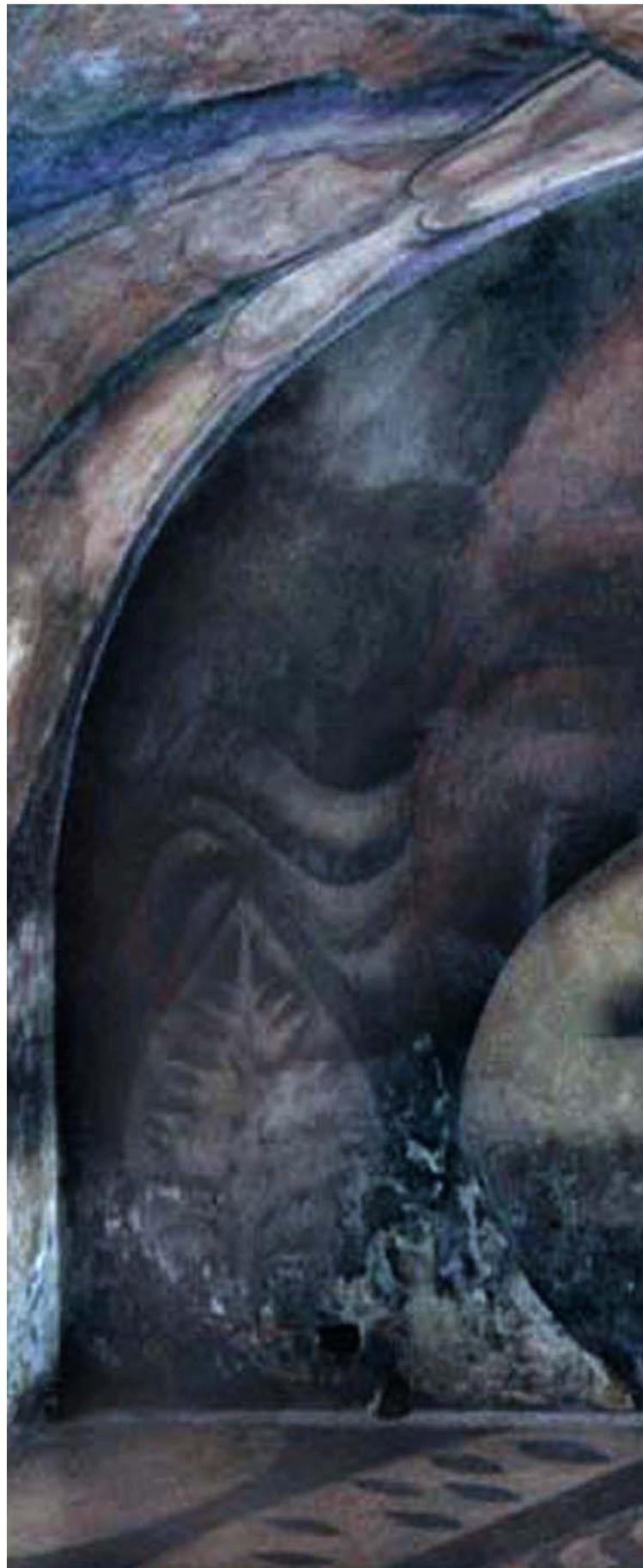
Ejercicio plástico es una obra que ha pasado al olvido, pero que a pesar de ser casi desconocida, se ha convertido en la más significativa del arte de América Latina y sin lugar a dudas en Argentina. Nace en 1933 y se emplaza en el sótano de la quinta *Los Granados*, en Don Torcuato, Buenos Aires, de quien es dueño Natalio Botana, un afamado crítico de arte.

Al descender las escaleras al depósito, figuras que se escapan de los muros envuelven a quien se proponga de espectador como si estuviera sumergido en una campana de cristal. Los cuerpos que parecen femeninos avanzan, se contorsionan, giran, vuelan, se posan, se muestran y abrazan al afortunado visitante subterráneo.

Cuenta la leyenda, que las imágenes pintadas en la pared, tenían nombre de mujer. Ella, Blanca Luz Blum, escritora uruguaya, había sido el gran amor de Siqueiros, y por ello él estaba en ese preciso instante y lugar realizando semejante declaración amorosa, la última.

Ambos habían sufrido ciertas peripecias que no les permitieron continuar con la relación. Así mismo, siendo Blanca Luz pareja del dueño de la casa, adopta el compromiso de posar desnuda apoyando su cuerpo sobre mesas de vidrio, lo cual permitía ser fotografiada por los artistas.

Siqueiros no se encontraba solo en el proyecto, sino que había convocado a tres artistas argentinos: Lino Enea Spilimbergo, Antonio Berni y Juan Castagnino, quienes





gozaban gran dominio de técnicas pictóricas. Este grupo de profesionales indagaban recursos que ayudasen a la eficiencia del trabajo mural. Herramientas como la fotografía, proyectores de luz a gran escala, pinturas de uso industrial, facilitaron la realización ágil del traspaso en proporción de los bocetos a la estructura arquitectónica. La utilización de estos avances tecnológicos aportó al arte métodos mecánicos que dejaban a un lado la enseñanza academicista y procuraban una nueva forma de mirar.

Años más tarde, durante los ochenta, Los Granados pasa a ser propiedad de unos nuevos dueños. La señora de la familia, al ver semejante «horror pornográfico», decide pintar con cal toda la superficie cubierta por las imágenes infernales, cerrando la puerta de acceso al sótano bajo varios candados de importantes tamaños.

El mural muere en el olvido, hasta que en la década siguiente un grupo de especialistas en historia del arte, tropiezan con los datos de que en aquella quinta, a punto de ser rematada por el Estado, existía una de las obras más reveladoras para el arte del continente americano. Allí comienza el rescate por parte de un grupo de expertos en muralismo mexicano.

Al investigar sobre nombrada obra pictórica, una de las preguntas que me he formulado (quizás ustedes también), es ¿por qué este mural es el más significativo, conociendo el gran currículo del artista? La respuesta que he conseguido pone en primer lugar el objetivo de este proyecto de Siqueiros que no se iguala con ninguna de las tantas pinturas vastas de hoces y martillos. En palabras de Héctor Mendizábal y Daniel Schávelzon, quienes rescataron *Ejercicio Plástico*, «no es más que la manera –monumental y desmedida- en que Siqueiros cantó el final de su amor obsesivo y desesperado por Blanca Luz, la gran pasión de su juventud, su mujer imposible».

Bibliografía

Héctor Mendizábal y Daniel Schávelzon. *Ejercicio Plástico: El mural de Siqueiros en la Argentina*. Editorial El Ateneo: Buenos Aires, 2003

Las vías y después



Por Carlos Antognazzi
ganador de la 2^{da} Mención de Honor
en el Segundo Concurso
Anual de Relatos Crepusculo

A veces parecía que el sol salía por el oeste de tan cubierto que estaba, porque recién después del mediodía, cuando ya habíamos regresado de la escuela y habíamos almorzado y nos habíamos lavado los dientes y dicho que no teníamos tarea para poder salir, lo veíamos asomar

como con miedo entre las nubes.

Pero no llovía y nosotros ya estábamos en las vías, a diez minutos de casa hacia el norte, con los gorros hasta las cejas y las narices y mejillas rojas y heladas por el viento, y en el bolsillo las monedas que habíamos ahorrado de la merienda de la escuela.

Los perros nos acompañaban ladrando y corriendo a los gorriones, tan helados como nosotros, por lo que a veces no podían remontar vuelo y los encontrábamos duros en el suelo, con el latido tan débil que apenas se percibía. Los perros los olfateaban y hacían como que querían jugar, pero seguían sin moverse y entonces ladraban un rato y como tampoco pasaba nada seguían corriendo rumbo a las vías, en el límite del pueblo.

Las vías venían de la ciudad y se perdían en los campos hacia el oeste. Sabíamos que para allá estaban las montañas, pero ninguno de nosotros había ido. Una vez las habíamos seguido para ver a dónde llegaban pero a media tarde apenas sí habíamos llegado a los campos. Diego decía que teníamos que seguir, a ver si era cierto eso de las montañas que contaban nuestros padres, pero estábamos cansados de caminar sin ver más que campo y además era verano y hacía calor y no habíamos llevado agua, así que volvimos en silencio y enojados con nosotros mismos por no poder ser exploradores como queríamos. Diego entonces dijo que podíamos ir con las bicicletas, pero eso iba a ser más difícil porque no había senderos o caminos al costado de las vías, y entre los yuyos y las piedras no se puede andar.

Al otro lado de las vías se extendía el bañado. A veces, cuando se secaba porque el río estaba bajo, lo cruzábamos hasta la Costa Azul, que es donde vivían los pescadores. En el bañado siempre encontrá-

bamos cosas. Lo mejor fue un esqueleto de caballo que debió ahogarse al quedar atrapado en el barro. Los huesos estaban limpios y relucían sobre el pasto que había crecido sobre el fondo seco. Como nadie los había tocado estaban ordenados, y daba la impresión de que el caballo estaba acostado durmiendo. Diego apostó a que esa noche soñábamos con el esqueleto y no le creímos, pero cuando al otro día nos volvimos a encontrar nadie quiso mirar al otro a los ojos porque habíamos tenido pesadillas. Diego siempre acertaba con esas cosas porque era mayor que nosotros, ya había fumado a escondidas y hasta tenía una novia de nuestra edad, Pilar, que veía los fines de semana en el baile.

A nuestros padres no les gustaba el asunto de las vías porque decían que era peligroso, pero nosotros sabíamos los horarios del tren y cuando aparecía nos salíamos a los costados para verlo pasar. Las primeras veces daba miedo porque la locomotora echaba humo por todos lados y hacía mucho ruido. Allí Diego y Felipe liaron sus primeros cigarrillos y convidaron a los demás. Tosimos toda la tarde, salvo Diego. Felipe recién empezaba, pero se mandaba la parte. Allí también Diego nos presentó a Pilar, y una tarde, sin que ella se diera cuenta, permitió que la viésemos como nunca antes habíamos visto a una mujer, salvo en las fotos de las revistas de Julio, el guarda. Creo que ese día me enamoré. Se decía que Julio llevaba chicas al vagón abandonado de la estación, pero no estábamos seguros y él con nosotros no hablaba de esas cosas.

Lo primero que hacíamos al llegar a las vías era sacar las monedas del bolsillo. Las mejores eran las de diez, plateadas y grandes porque después quedaban como un medallón. Las otras eran demasiado chicas y no servían. Las acomodábamos en fila sobre el riel, no muy cerca tampoco, y aguardábamos. Al principio, cuando estábamos aprendiendo, las poníamos tocándose una a otra, y luego del tren se habían unido en una mancha alargada que más se parecía a la hoja de un cuchillo que a una medalla.

Nunca podíamos saber cuándo íbamos a conseguir una buena medalla, pero en cuanto el tren terminaba de pasar nos apretujábamos sobre las



Nunca podíamos saber cuándo íbamos a conseguir una buena medalla, pero en cuanto el tren terminaba de pasar nos apretujábamos sobre las vías para ver, todavía con el metal caliente, cuáles eran las mejores.

vías para ver, todavía con el metal caliente, cuáles eran las mejores. Sí todo salía bien no debía verse nada de la moneda original, ninguna marca, y quedar sólo el metal reluciente y ligeramente ovalado en el sentido de las ruedas, que lo estiraban un poco antes de aplastarlo. Elegíamos las más apropiadas e íbamos hasta la estación.

Por lo general no había nadie. Julio sólo aparecía en los horarios del tren, dos veces al día, para sacar la bolsa de correo. El resto del tiempo lo pasaba durmiendo o leyendo sus revistas y hamacándose en la silla con un palillo entre los dientes y la gorra echada sobre los ojos. A veces nos mostraba alguna foto, pero en general no nos molestaba. Nosotros ocupábamos la galería. Puestos en el borde, casi junto a las vías, nos arrodillábamos y sacábamos los medallones del bolsillo y las figuritas de chapa. Era una colección de jugadores de fútbol que de tanto rasparse se iban despintando, por lo que había que ponerlas con el esmalte para arriba para que durasen más. Puestas en el suelo, las empujábamos con un golpe seco hacia la pared, cuatro metros más adelante, en donde, en el mejor de los casos, se clavaban entre el zócalo y las baldosas con un chasquido. El asunto era quién podía tapar más figuritas con las monedas aplastadas. El que lo lograba se llevaba todas las figuritas que había en ese momento contra la pared.

Otro juego era quién lograba acercarse más a la pared sin clavar la moneda en el zócalo. Sólo

había que arrimar. Y el que más cerca llegaba se llevaba todo. Para eso los medallones eran ideales; tenían más inercia y conseguían lo que las figuritas no: no frenarse en las imperfecciones del solado, por ejemplo, y llegar hasta la pared con un mínimo esfuerzo de nuestra parte. Pero había que tener buen pulso para no lanzarla demasiado fuerte, porque entonces rebotaba.

Las figuritas cambiaban de mano y bolsillo una y otra vez hasta que se hacía la hora de la merienda y la tarea, porque tampoco era cuestión de no estudiar. Así que cada uno se iba a su casa. Poco antes de la cena me daba un baño y luego veía televisión, no más de media hora, y me acostaba. Para todos era igual. Y al día siguiente todo volvía a repetirse. Así hasta la tarde en que Diego quiso probar el coraje, como dijo, la valentía, y se quedó en las vías cuando el tren venía bufando y largando humo, terrible como un saurio de esos que veíamos en los libros de la escuela.

Desde afuera de las vías le gritamos, pero él se reía y nos miraba mientras el tren comenzaba a hacer sonar la sirena para alertarlo. Diego aguantó hasta el último momento y luego saltó hacia el otro lado, de manera que apenas lo podíamos ver entre vagón y vagón, recortado, y cuando el tren pasó y el guardián del vagón de cola lo insultó y le hizo un gesto con la mano Diego se rió más todavía, se limpió la cara de hollín y nos trató de cagones:

—Son todos unos cagones— repitió como con bronca—, que no se animan.

A partir de esa tarde Diego siempre lo hacía. Se paraba en las vías, luego de acomodar las monedas, y esperaba a que el tren llegara lo más cerca posible antes de saltar. A veces se entretenía reacomodando las monedas hasta que, displicente, se paraba y miraba al tren, a su único ojo, sin pestañar. Ninguno de nosotros lo imitó. El estruendo de la maquinaria y los vagones era demasiado fuerte aún estando fuera de las vías como para querer percibirlo desde el centro del infierno. Lo bueno era que Diego ya no se burlaba más, que ahora lo hacía porque sí, por querer cumplir un desafío personal, superarse en cada jornada. Se dijo que Pilar y el vagón abandonado tenían algo que ver. Se dijo que Julio tuvo la culpa, pero es mentira. Y la vez que Diego apareció con el ojo negro y la

Otro juego era quién lograba acercarse más a la pared sin clavar la moneda en el zócalo. Sólo había que arrimar. Y el que más cerca llegaba se llevaba todo. Para eso los medallones eran ideales; tenían más inercia y conseguían lo que las figuritas no: no frenarse en las imperfecciones del solado, por ejemplo, y llegar hasta la pared con un mínimo esfuerzo de nuestra parte.



cara hinchada diciendo que Julio había quedado peor, comenzamos a pensar que ya no nos importaban tanto los medallones, o que quizás ya teníamos suficientes para jugar por el resto del año. Algunos, incluso, comenzaron a gastar la moneda en la merienda del colegio, con lo cual ya no tenían qué poner en las vías y estar con los demás y no participar no tenía gracia.

Una tarde me quedé en casa, para sorpresa de mis padres, y leí y estudié. No sabía qué otro pretexto poner para no reunirme con los otros. De haber ido habría sa-



bido lo ocurrido al momento, pero fue recién al día siguiente que me enteré en la escuela, y para cuando regresé a casa mis padres también lo sabían. Negué conocer a Diego, así como los demás en sus respectivas casas. No sé si mis padres me creyeron, pero incluso cuando unas semanas después lo crucé a Diego en la plaza, él aprendiendo a caminar con muletas y parte de su pierna derecha vendada, hice como que no lo conocía y giré la cabeza, turbado.

Él no dijo nada, y en ese momento me hubiese gustado que me gritara «cagón» otra vez, como aquella tarde en las vías.

Ni siquiera comenté el encuentro con los otros, con quienes nos seguimos viendo un poco más pero ya no en las vías ni en la estación. Alguien había encontrado «un playón ideal» para las figuri-

Diego quiso probar el coraje, como dijo, la valentía, y se quedó en las vías cuando el tren venía bufando y largando humo, terrible como un saurio de esos que veíamos en los libros de la escuela.

tas, y se transformó en nuestro nuevo lugar de peregrinación de cada tarde.

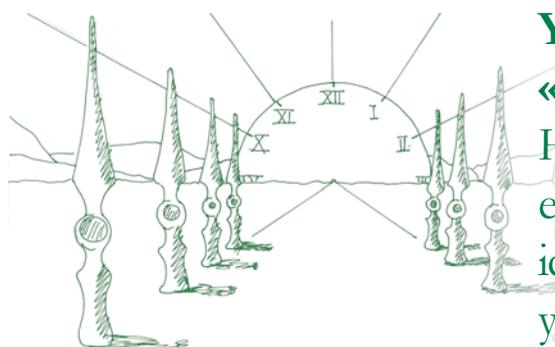
Todavía llevo una moneda en el bolsillo cuando voy a las vías, y me hubiera gustado enseñarle a mi hijo a hacer medallas y jugar a la encimada, pero ahora ya no hay trenes y tampoco figuritas de chapa, y los chicos prefieren los juegos en red, algo que nadie en mi época hubiera imaginado. Y cuando nadie me observa (cosa fácil, porque las vías hoy no seducen como antaño, y menos ahora que del otro lado ya no hay bañado sino un barrio de casas grises e iguales) pongo una moneda sobre el riel oxidado y recuerdo el rugir de las ruedas y los hierros y el humo acre que nos inundaba en aquellos días. Y me acuerdo de Diego, también, como un fantasma en medio del humo y el hollín, riéndose entre quejidos, a su manera vencedor en la desgracia, y de Julio y sus revistas, y de los demás, con quienes después de las vacaciones, quizás aprovechando que cambiábamos de escuela porque ya éramos mayores, no volvimos a encontrarnos.

A partir de esa tarde Diego siempre lo hacía. Se paraba en las vías, luego de acomodar las monedas, y esperaba a que el tren llegara lo más cerca posible antes de saltar. A veces se entretenía reacomodando las monedas hasta que, displicente, se paraba y miraba al tren, a su único ojo, sin pestañear.

Entonces con algo de vergüenza recojo la moneda y me pregunto si los otros harán lo mismo y qué recordará mi hijo de su infancia entre tantos cables y pantallas planas, y regreso a casa y a Pilar.



LA SINUOSIDAD DEL TIEMPO



Ya se le pasará.

«Comedia = tragedia + tiempo»

Hablar del transcurso del tiempo es un ejercicio que, a primera vista, parece idéntico al de hablar de algo tan genérico y a la vez tan vasto como es la vida, ya

Por Maichan Ahmed-Baba
Moulay-Ahmed

que parece evidente que uno comprende al otro, y ambos poseen principio y final, o si se prefiere, nacimiento y muerte.

Quizá todo sea cuestión de conceptos: vida, evolución, tiempo, meras variaciones en torno a la denominación de un ente (llamémoslo vida) sobre el que no podemos más que jugar tratando de entenderlo, pero no por ello desechar esos momentos fabulosos que en ocasiones nos brinda, ni tampoco menospreciar la importancia de algunos de los principios que lo rigen.

Pero lo que no parece discutible es que, llamémoslo como lo llamemos, podemos ver ciertas características muy sorprendentes en eso que comúnmente denominamos tiempo. Si en un primer examen todo lo relativo al tiempo nos puede parecer uniforme y homogéneo, siempre abocado a una marcha constante y a un destino desconocido, una mirada más profunda puede revelar ciertas cualidades muy significativas, de una enorme implicación en eso que se llama vida.

Lo primero que llama la atención del tiempo es que dista mucho de ser homogéneo. Quizás sea así desde el punto de vista físico, pero a través del prisma de las percepciones humanas, es todo menos homogéneo, y se diría que en muchos casos está supeditado al estado anímico del individuo. Éste es quien parece que en ocasiones lo vuelve rápido o lento, según el ánimo que le embarga en cada momento.

No menos curioso es el fenómeno inverso. Lo que hoy puede resultar cargado de negatividad, es posible que cuando mañana amanezca se halla vuelto lleno de buenos presagios. El tiempo es capaz de trasponer la naturaleza dramática de los hechos, puede

suturar todas las heridas y prescribir el antídoto a todas las penas.

No importa el cómo, sólo el cuando, a la hora de esperar del transcurso inevitable del tiempo la dosis necesaria para los males. Se diría que este posee una capacidad interior de absorber todo el dolor y la angustia que emanan de la vida, erigiéndose en el único y verdadero facultativo con garantías de cura sobradamente demostradas.

Si el tiempo es tan caprichoso para lanzar sobre el indefenso ser humano sus desgracias, es de lo más firme y regular a la hora de aplacar sus efectos cuando no de eliminar por completo la patología. Por tanto, en ciertas situaciones, habría que aconsejarse: dejemos hacer al tiempo. Y es que resulta tan poderosa esa capacidad de cura que posee el tiempo que lo que antes fue una desgracia sin paliativos, un tiempo después es posible verlo con otro punto de vista, menos trágico y cargado de afectación. Incluso cómico. He ahí la verdadera y oculta habilidad del inexorable paso del tiempo: convertir en comedia lo que fue tragedia.

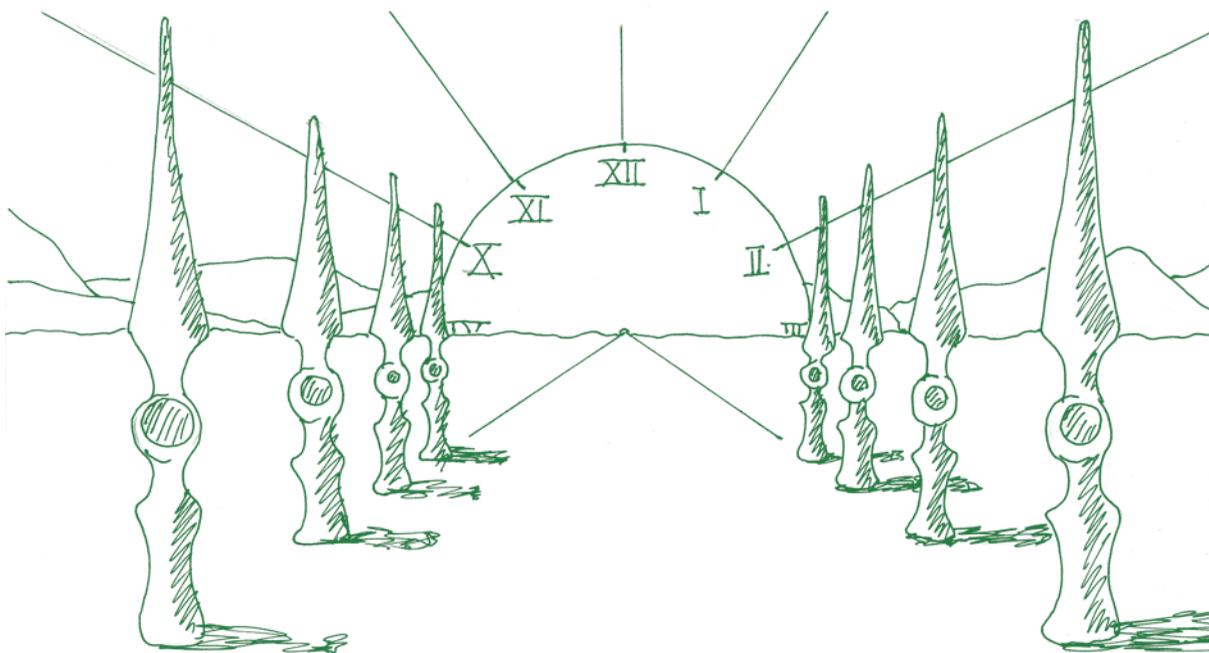
Podemos concluir sin temor a equivocarnos en exceso, que la diferencia entre la tragedia y la comedia, es el tiempo. Un ilustrador ejemplo es el caso de los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y Washintong. Aquel día

en ciertas situaciones, habría que aconsejarse: dejemos hacer al tiempo. Y es que resulta tan poderosa esa capacidad de cura que posee el tiempo que lo que antes fue una desgracia sin paliativos, un tiempo después es posible verlo con otro punto de vista, menos trágico y cargado de afectación. Incluso cómico.

ningún reportero de los que estaban cubriendo la tragedia se hubiera atrevido con el más mínimo atisbo de ironía o sarcasmo, acerca, por ejemplo, de la incongruencia que supone que el mismo estado que en un momento dado financió a terroristas, sea más tarde el blanco de su ira. Pero un tiempo después de lo sucedido, cuando la gente comenzó a asimilar el alcance del drama, dio comienzo una avalancha de chistes y bromas de todo tipo de gusto, sensibilidad y decoro basados en aquella masacre.

Quizás sea precisamente la posibilidad de frivolar sobre las tragedias lo que demuestra que han sido verdaderamente asimiladas. El día a día puede ser una tragedia pero el día a día visto más tarde puede verse como comedia.

De modo que la tragedia acerca a la realidad, mientras



que la comedia aleja y establece una distancia afectiva entre esa realidad y su espectador. Pero en cierto sentido también acerca a los hechos, pues dota al observador de una confianza y familiaridad de trato nunca registrados en la tragedia.

Tiempos difíciles:

La religión

(Tragedia + tiempo) – comedia = 0

La visión que los griegos tenían del tiempo era muy diferente a la que en la actualidad han impuesto las religiones monoteístas. El esquema temporal de los primeros era circular, es decir, cíclico, con lo que cada cierto período de tiempo la historia volvía a repetirse. Actualmente sin embargo, la historia de la humanidad va encaminada en línea recta, con un pasado que se alarga y un futuro por recorrer. Pero ante la incertidumbre sobre lo que puede deparar el futuro, las religiones monoteístas han impuesto la idea de que la humanidad se encamina hacia el llamado reino de Dios.

Puesto que la verdadera vida a la que se ha de aspirar es la venidera, es decir, la vida en el paraíso, ésta, la terrenal, queda relegada a un segundo plano, y sólo ha de considerarse en la medida en que en ella se han de realizar ciertos ritos de buena voluntad y obediencia, que servirán de pasaporte durante el viaje a la vida celestial. Curiosamente, esto crea una cierta paradoja: las religiones deberían proponer una visión de la vida terrenal de lo más desenfadada, y sin embargo lo que propugnan es el absolutismo del dogma. Pero esta paradoja se rompe al entrar en juego otros factores, como son el poder y el dominio de que gozan esas creencias.

Sin entrar en más detalle sobre esta cuestión, lo que interesa destacar en este punto es la falta de desenfado, alegría, buen humor, en definitiva: comedia, en todo lo relacionado con las religiones. Estas se erigen en el perfecto ejemplo de cómo la tragedia, prolongada en el tiempo y desprovista de comedia, da como resultado la vacuidad, el vacío y el sinsentido del modelo de existencia que preconizan.

Se deduce de la fórmula que titula este apartado que, o se ha de añadir tiempo y comedia, o en su defecto se ha de suprimir el tiempo, ya que una tragedia prolongada en el tiempo acaba por remitir a la muerte, pues el tiempo ya lleva adherido a sí mismo la tragedia, luego el esfuerzo ha de estar encaminado a añadir comedia.

La Tristeza Del Final.

Tiempo=

Drama (tragedia o comedia)

«Toda antigua ética es hoy una estética» sentenció un filósofo. Al tiempo que, como se ha señalado más arriba, el tiempo sutura ciertas heridas y transpone penas en alegrías, al mismo tiempo, hace que ciertas satisfacciones, pequeños deleites, como por ejemplo las alegrías de la juventud, sean meros ecos de un glorioso y animado pasado, que se ha vuelto degradado por el paso de ese tiempo inexorable. Son lo que ha quedado del naufragio sufrido por algunas de las ansias de la juventud, lo que se ha podido rescatar tras la batalla entre los ideales e ilusiones de la inocencia y la burocracia de lo útil que alienta la vida adulta.

También ocurre que con el transcurso del tiempo, se descubre que ciertos impedimentos de la juventud -miedos, fobias, complejos... es decir, el drama juvenil con el que se paga la felicidad de esos años- quizás no debieron alcanzar las cotas de importancia que en su momento tuvieron. Claro que al tiempo que desacralizamos unos miedos, nos sentimos de nuevo con suficiente esplendor para reemprender nuevas me-

La visión que los griegos tenían del tiempo era muy diferente a la que en la actualidad han impuesto las religiones monoteístas. El esquema temporal de los primeros era circular, es decir, cíclico, con lo que cada cierto período de tiempo la historia volvía a repetirse.

tas, de modo que nos apuntamos a nuevas ilusiones, y realojamos éstas en el lugar que ocupaban las anteriores, aquellas que o bien se perdieron o bien se hicieron realidad. Aquellas ilusiones que se cumplen dejan su lugar intacto, listo para las nuevas esperanzas, pero aquellas que se perdieron por exceso de ambición, falta de realismo u otros motivos, dejan su lugar menos acogedor que las anteriores, pues en él reposan los restos de la pérdida de la ilusión

la historia de la humanidad va encaminada en línea recta, con un pasado que se alarga y un futuro por recorrer. Pero ante la incertidumbre sobre lo que puede deparar el futuro, las religiones monoteístas han impuesto la idea de que la humanidad se encamina hacia el llamado reino de Dios.



ES EL TIEMPO DE LOS TIEMPOS Y EL MÍO ES HOY....

Martin Heidegger



Es la representación de la dinámica social cotidiana.

Alude a la inmediatez, al individualismo y al anteponer-se. Y de estas particularidades no está exenta la familia actual.

Por la lic. Alicia Pais

El tiempo denota historia, memoria, pasado, donde la cultura del hoy arremete borrando lentamente un mundo de caracteres difusos.

En un devenir donde las transformaciones sociales, económicas y culturales parecen superar la velocidad del pensamiento, el núcleo familiar existe como base social y a expensas de la necesidad gregaria o de dependencia humanas. Ahora bien ¿qué pasó con su estructura?

Los lazos vinculantes pueden ser consanguíneos, consensuales, jurídicos, variando muchas de las veces hasta conformarse en un producto de la solidaridad o la cooperación y hasta la buena voluntad de sostener un sujeto agrupado para solventar sus necesidades vitales.

El hoy es así, lo que no implica ningún juicio de valor, ni sostener nostálgicamente que todo tiempo pasado fue mejor. Aún el grupo se defiende si es silente.

Recorrer la historia escrita nos conduce al hombre primitivo con características de soledad y con encuentros fortuitos y azarosos con otro ser humano. ¿Paradójico verdad?

Un apartado acerca de los vínculos

Desde el pensamiento complejo señala Edgard Morin: “No puede ignorarse por más tiempo la interrelación genético cultural. No sólo es indispensable conocer el desarrollo biológico del cerebro para comprender la formación de la cultura, sino que un conocimiento del desarrollo cultural se hace imprescindible para dar cuenta del desarrollo biológico del cerebro hasta llegar al horno sapiens” (1992).

Esta perspectiva nos permite pensar al humano desde condiciones diversas: orgánicas, familiares, intrapsíquicas, sociales, que

ponen en simultáneo sujeto-vínculo-cultura, superando antiguos dualismos.

Desde la óptica de la complejidad la familia deja de ser responsabilizada como víctima o victimario de una situación patológica. El vínculo se contextúa en la cultura y se centra en un sujeto.

Cuando nos encontramos con familias con problemáticas graves, severas, el vínculo se torna “emocionalmente violento”. En muchos de los casos no pudo conformarse la ternura que habilita al otro como sujeto. Y es éste el núcleo central si nos referimos al tema de los vínculos: “saber que existe otro habilitado como sujeto separado, independiente”. Modalidades vinculares que no permiten la existencia de otro diferenciado como sujeto. Situaciones reiteradas en un vínculo asimétrico, como lo es el paterno filial y que no producen una acción modificadora.

Las redes vinculares configuran un mundo complejo. Vínculo, lazo o interrelación aparecen como un montaje fundante del psiquismo.

Palabra superadora de la mera relación, proveniente de la antropología, y que trasciende la suma de un yo y otro, otorgando un lugar, un significado y un contexto a las palabras y los actos humanos.

Dentro de la familia distinguimos dos órdenes de vínculos significativos:

simétricos y asimétricos,

Los vínculos simétricos se dan por ejemplo entre un hombre y una mujer que integran la pareja conyugal, deviniendo asimétricos con respecto de sus hijos si esta pareja se convierte en padres. La relación fraterna implica un orden vincular de simetría.

No obstante esta referencia al lugar del vínculo paterno o materno, las funciones necesarias para la constitución del sujeto, pueden ser ejercidas por alguien reconocido como real en la vida de un niño, aunque haya perdido sus vínculos de origen.

Podemos distinguir dos funciones básicas para la construcción subjetiva:

- Una función de protección o amparo, que se integra por las necesidades de ser alimenta-

do, abrigado y sostenido a nivel psíquico.

- Una función simbólica, en tanto introducen la ley de la cultura, un lenguaje, un límite un discurso en forma explícita o implícita.

Es en este punto donde la familia, ejerza quien fuere sus funciones se constituye en el contexto privilegiado mediador entre el sujeto en construcción y su cultura, y dependerá de este devenir la reproducción o transformación de la misma.

Cuando nos encontramos con familias con problemáticas graves, severas, el vínculo se torna “emocionalmente violento”. En muchos de los casos no pudo conformarse la ternura que habilita al otro como sujeto. Y es éste el núcleo central si nos referimos al tema de los vínculos:

Un recorrido por la historia de la familia

Recorrer la historia escrita nos conduce al hombre primitivo con características de soledad y con encuentros fortuitos y azarosos con otro ser humano. ¿Paradójico verdad?

Esta etapa de inicio del vínculo humano es considerada promiscua, ya que se alternaban e intercambiaban los miembros de los grupos, sin atisbos de la concepción de comunidad organizada.

Desde una perspectiva religiosa o desde una profusa bibliografía científica, se califica la familia como institución natural. Si bien es cierto que aparecemos en el mundo con alto grado de vulnerabilidad, con la necesidad biológica de ser alimentados y protegidos, las transformaciones que sufre la familia en el tiempo, demuestran que es una institución de carácter social, económica e histórica.

A pesar de la decadencia de la familia tradicional y de los

múltiples factores que la complejizan, la familia sigue constituyendo el basamento, transmitiendo en su dinámica valores o disvalores y ayudando a completar un proceso socializador en los niños y niñas.

Desde la horda primitiva a la tecnología reproductiva

El padre de la horda primitiva había monopolizado despóticamente a todas las mujeres, expulsando o matando a sus hijos, peligrosos como rivales. Pero un día estos hijos se reunieron, asesinaron al padre, que había sido su enemigo, pero también su ideal e ingirieron su cadáver con el objeto de incorporar sus características que por cierto, provocaban su envidia. Después de este hecho no pudieron, sin embargo, apoderarse de su herencia pero surgió entre ellos la rivalidad. Bajo la influencia de este fracaso y el remordimiento, aprendieron a soportarse unos a otros, uniéndose en un clan fraternal, regido por los principios del totemismo que tendían a excluir la repetición del crimen y renunciaron todos a la posesión de las mujeres, motivo del asesinato del padre. De este modo nació la exogamia, íntimamente enlazada con el totemismo.

Así señala Sigmund Freud el inicio de la exogamia, como forma de organización de los vínculos amorosos fuera del grupo familiar.

Desde la precariedad de la horda, nómades y de características organizativas simples, surge el clan integrado por una comunidad de personas y conducidos por un jefe, donde empiezan a tener importancia los lazos familiares.

La familia consanguínea aparenta ser el primer esbozo donde ya distinguimos ascendientes y descendientes y comienzan a vislumbrarse situaciones económicas y prácticas por las cuales la extensión del grupo comienza a reducirse. Es un período donde la monogamia parece constituir una unidad más sólida y se facilita a través de la consanguinidad, la protección de los hijos. Constituye el modelo que prevaleció en la cultura occidental y religiosa.

No podemos obviar aludir a los orígenes del patriarcado, línea de transmisión que determina

el poder del varón, siendo la familia patriarcal en la Roma republicana, una unidad religiosa, legal y económica.

Por factores de índole económico y productivo, la autoridad del varón fue dejando espacio a la fuerza de trabajo femenina, junto con la posibilidad creciente de la mujer a poder decidir, a través de la nueva tecnología reproductiva, si desea ser madre o no, a través del uso de contraceptivos, diafragmas, dispositivos intrauterinos, etc. Y por sobre todo, poder deslindar el sexo de la actividad reproductiva. Hasta la posibilidad de concebir a través de genes de donantes desconocidos, sin necesidad de consumir una relación sexual.

Asistimos por la fertilización asistida a aquellos modelos familiares con quintillizos o sextillizos, que implican una adaptación importante desde ambas funciones: la de

Desde la precariedad de la horda, nómades y de características organizativas simples, surge el clan integrado por una comunidad de personas y conducidos por un jefe, donde empiezan a tener importancia los lazos familiares.

La familia consanguínea aparenta ser el primer esbozo donde ya distinguimos ascendientes y descendientes y comienzan a vislumbrarse situaciones económicas y prácticas por las cuales la extensión del grupo comienza a reducirse.



Grandi

madre y padre y la de los propios niños que vivenciarán otras formas de tolerar “la espera”.

Hombres y mujeres con deseos de paternar o maternar que adoptan un niño, sin compartir con una pareja las responsabilidades, logros, aciertos o desaciertos que implica el crecimiento de un hijo. Generalmente existirá en esta relación algún tercero, familiar directo o empleado que ayude en las necesidades básicas.

Una realidad, aún no contemplada ampliamente en la ley, es la adopción por parejas homosexuales, donde los niños crecen sin dificultades y solo tendrán que enfrentarlas si se exponen a acusaciones discriminatorias que nada tienen que ver con el amor o la dedicación que reciban en su crecimiento.

Una nueva constelación la constituyen “los míos, los tuyos y los nuestros”, en la que una pareja conformada como matrimonio jurídico o consensual incluye hijos de otra pareja anterior a la nueva organización familiar. A la vez se incorporan los nuevos miembros que esta pareja

conciba en conjunto.

Esta organización ha sido el modelo paradigmático de la posmodernidad.

Sea cual fuere la forma organizativa, sea quien fuere el que ejerce el rol paterno o materno, sea o no consanguíneo, lo cierto es que la deuda con nuestra niñez, es fortalecer el rol adulto.

No podemos permanecer solamente en la actitud de “hacer lo mejor que podamos” o derivar en un océano de buenas intenciones.

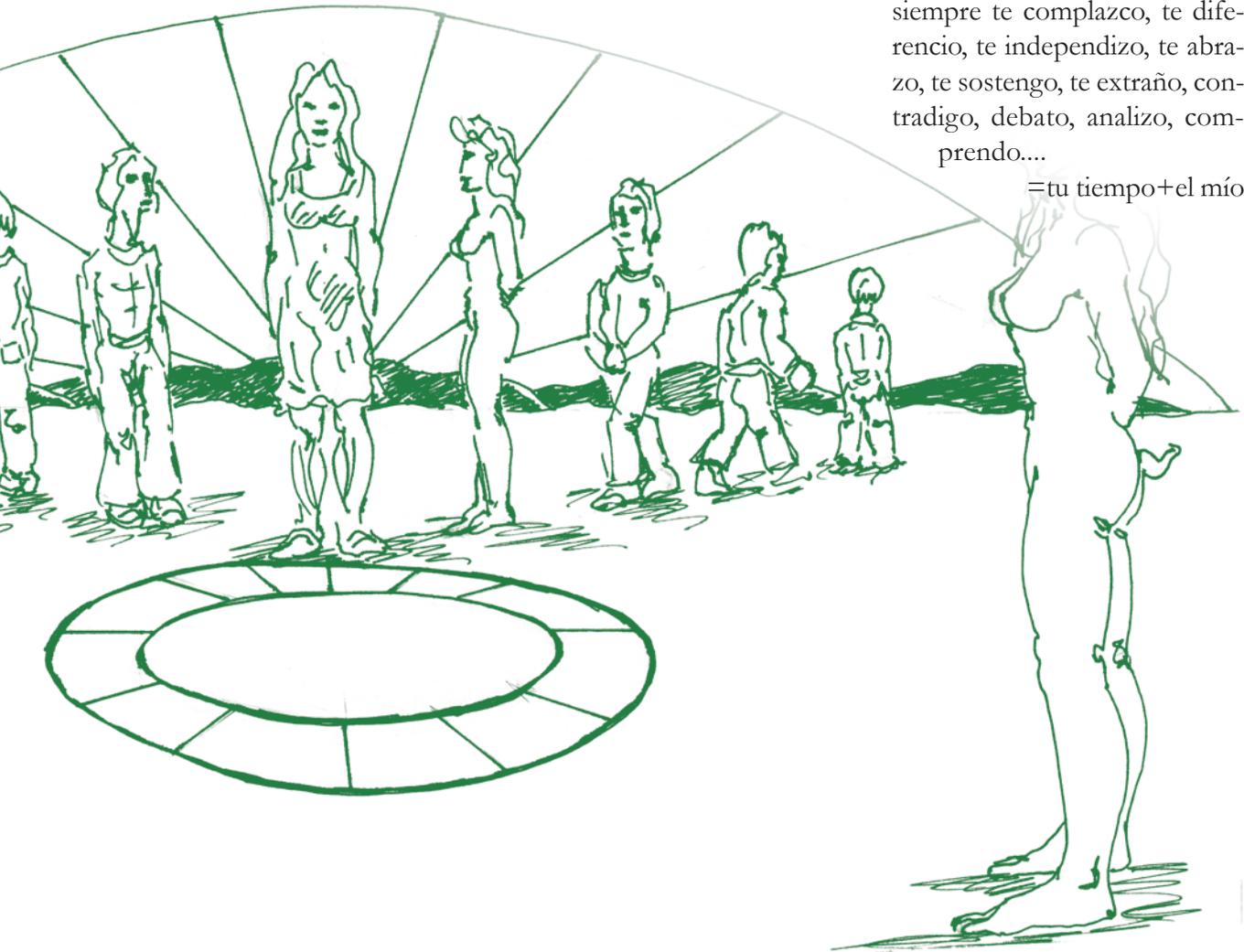
Recuperar el rol adulto es una deuda con los derechos de los niños.

Sea cual fuere la forma organizativa, sea quien fuere el que ejerce el rol paterno o materno, sea o no consanguíneo, lo cierto es que la deuda con nuestra niñez, es fortalecer el rol adulto.

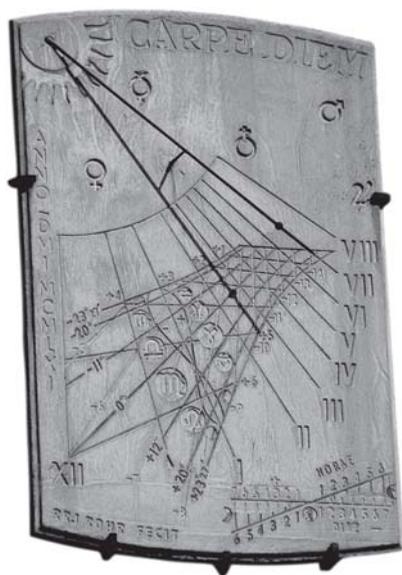
Conclusión

Te escucho, te tolero, no siempre te complazco, te diferencio, te independizo, te abrazo, te sostengo, te extraño, contradigo, debato, analizo, comprendo...

=tu tiempo+el mío



Hijos del Reloj



Por Analía Do Carmo

El tiempo vuela, puede decir alguien que siente nostalgia del pasado. No pierdas el tiempo le dicen, a veces, las madres a sus hijos cuando perciben que ellos no logran concentrarse en su tarea. Solemos escuchar y repetir esas frases como si el tiempo fuera algo tangible;

como si pudiéramos alcanzarlo en una esquina y decirle en el rostro que tenga piedad y que no se vaya tan de prisa. La Humanidad ha sentido desde siempre la obsesión por la idea del tiempo. Sin embargo la percepción angustiosa de ciclos de 24 horas agrupados con la forma de colecciones de minutos y segundos es una característica propia de la modernidad, que se ha ido acentuando con el perfeccionamiento progresivo de los mecanismos de medición. Cada civilización y cada sociedad han interpretado la temporalidad de manera distinta. Nosotros somos los hijos del reloj mecánico, la máquina que ha logrado producir una medida de tiempo exacta.

La máquina del tiempo

El primer instrumento utilizado para medir el tiempo diario es un reloj de sol egipcio que data del año 1.450 antes de Cristo. Consistía en un artificio que señalaba las horas del día a partir de la variación uniforme que experimenta la sombra proyectada por una varilla sobre una escala. El origen de los relojes mecánicos no es bien conocido pero los primeros modelos de la historia se asocian a los monasterios e iglesias. Según cuenta una leyenda el primer reloj moderno funcionaba por la acción de pesas y fue inventado por un monje llamado Gerbert que, a fines del siglo X, se convirtió en el Papa Silvestre II. Sin embargo otras fuentes señalan que fue en el siglo XII, en Borgoña, donde un monje ideó un sistema mediante el cual cada hora era indicada por el toque de una campana.

En los monasterios, antes que en cualquier otro lugar, surgió

la necesidad de dividir la vida del hombre en intervalos regulares para alcanzar la meta de una vida ordenada y conocer con precisión cuándo era momento de orar o de hacer sonar las campanas. A partir del siglo XIII el reloj comienza a aparecer en las ciudades incentivando la organización de las actividades de los mercaderes y de los trabajadores. El desarrollo del capitalismo desviaría la atención de las personas de lo intangible a lo tangible. El tiempo empieza a ser percibido como una medida que puede usarse o economizarse y ser manipulada para manejar los ritmos de la producción de mercancías. La Eternidad dejó de servir como medida de las acciones humanas.

Lewis Mumford, un historiador de la técnica, se preguntaba en su libro *Técnica y Civilización*: "¿Acaso fue debido a este deseo colectivo cristiano de asegurar el bienestar de las almas en la eternidad, mediante plegarias regulares, que la división del tiempo en horas y las costumbres temporales de orden se apropiaron de la mente de los hombres?"

Desde las versiones más rudimentarias, como la del reloj de arena o la clepsidra, el hombre ha intentado dominar el paso del tiempo. Aunque, claro está, que todavía no ha podido dominarlo. Apenas si hemos conseguido contabilizarlo estableciendo una medida para organizar la vida.

Si usted lector intentara imaginar sus días sin la compañía constante de un reloj seguramente tendría muchas dificultades ya que hasta las funciones orgánicas más básicas están reguladas por las agujas. Muchas veces comemos no porque tengamos hambre sino porque el reloj indica que es momento de hacerlo. O vamos a dormir no porque sintamos cansancio sino porque el reloj lo ordena. Sin embargo los seres humanos, que somos los únicos capaces de distinguir pasado, presente y futuro, no siempre hemos percibido los acontecimientos como ordenados e irrepetibles. Basta un breve recorrido histórico para verificarlo.

Filosofía del tiempo

La idea de historia como una secuencia de acontecimientos ordenados e irrepetibles forma

parte de nuestras concepciones modernas. La mayoría de las civilizaciones antiguas vivieron de acuerdo a la mitología del tiempo cíclico que lo describe como una duración continua. La noción de tiempo cíclico, la primera desarrollada en la historia del hombre, presupone un tiempo infinito, que no comienza ni termina y que se repite constantemente como los ciclos de la naturaleza. La percepción de la temporalidad estaba ligada a la sucesión de días y noches, a los cambios de las cuatro estaciones y a una serie de experiencias que se repetían: el sol asoma por el horizonte, la luna cambia su forma y el viento mueve las copas de los árboles. La idea del eterno retorno y de un universo circular que gira sobre sí mismo supone, a su vez, la repetición y, en última instancia, que no fuera posible la aparición de lo verdaderamente nuevo. Siguiendo este razonamiento se observa que para las civilizaciones antiguas lo que sucede en el presente no tiene, en realidad, un sentido absoluto, puesto que todo se repetirá a sí mismo eternamente.

Si continuamos curioseando en épocas pasadas encontraremos que, por ejemplo, en la Edad Media las acciones de los hombres y la vida mundana se movían desde la perspectiva de la vida en el más allá. La esperanza de alcanzar la felicidad se situaba en el otro mundo. Por lo tanto es lógico pensar que el tiempo terrenal no tuviera la misma significación que hoy. El

Desde las versiones más rudimentarias, como la del reloj de arena o la clepsidra, el hombre ha intentado dominar el paso del tiempo.

Aunque, claro está, que todavía no ha podido dominarlo. Apenas si hemos conseguido contabilizarlo estableciendo una medida para organizar la vida.

tiempo medieval se caracterizaba por ser prolongado y lento, estaba dotado de un carácter ético y sagrado y los acontecimientos ordenados por la intervención divina. Con la consolidación del cristianismo, la noción de tiempo experimentó un cambio importante, ya que esta religión negó la posibilidad de un tiempo cíclico. La pasión, muerte y resurrección de Jesucristo eran hechos únicos e irrepetibles que daban sentido a la existencia humana. Así el tiempo empieza a ser percibido, fundamentalmente, como lineal y orientado hacia el futuro, y todo el sentido de la historia aparece como un desplazamiento en el tiempo, que tiene su origen en la creación y que culminará en el juicio final, que será el final de los tiempos.

Para el pueblo egipcio la creencia en una vida después de la muerte estaba tan profundamente arraigada que se concebía como una continuación de la etapa terrenal. Incluso se pensaba que en esa vida futura se encontrarían las mismas dificultades, peligros, y sucesos diarios que en la tierra. Tenemos que pensar que si la muerte era entendida como tránsito y no como fin, la experiencia de temporalidad y el valor del tiempo presente eran muy distintos al que manejamos en la actualidad.

La civilización moderna deposita todas sus expectativas en el presente. A medida que los mecanismos de iluminación artificial se fueron perfeccionando, primero utilizando gas y luego electricidad, fue posible aprovechar en su totalidad las horas del día. Según John Bury, quien escribió un libro que se llama *La idea del progreso, la esperanza de lograr una sociedad feliz en este mundo ha venido a reemplazar, como centro de movilización social, a la esperanza de felicidad en otro mundo.*

La idea del progreso

La física moderna, la medicina y el resto de las disciplinas científicas justifican su existencia en la expectativa de que es posible que la humanidad logre mejorar su estadía en la tierra. El futuro se presenta como un horizonte temporal deseable en la medida que aparece como un espacio de infinitas posibilidades para

la experimentación.

En la antigüedad, por el contrario, se percibía al tiempo como enemigo de la humanidad porque se pensaba que el mundo llevaba, en sí mismo, el germen de la decadencia; que se estaba viviendo en un período de inevitable degeneración y que cuando ese momento llegara todo se disolvería en el caos dando comienzo, nuevamente, al proceso de la historia.

El tiempo moderno es la condición esencial para que exista la idea de progreso ya que éste carecería de valor si supiéramos que el mundo va a acabarse en un futuro próximo. Así como la Humanidad se ha puesto metas como la libertad o la organización social, el progreso es un concepto que sitúa las esperanzas del hombre en el futuro y supone que la civilización está destinada a avanzar indefinidamente hacia algo mejor. La idea de tiempo acuñada por la física moderna se basa en el avance constante de la ciencia hacia algo superior que está por venir.

El clima intelectual de la Edad Media no hubiera permitido desarrollar la doctrina del progreso. Sucede que según la teoría cristiana el propósito del movimiento de la historia es asegurar la felicidad en el más allá y no se creía posible lograr

cambios que pudieran traer esa felicidad en el transcurso de la vida terrenal.

Para el pueblo egipcio la creencia en una vida después de la muerte estaba tan profundamente arraigada que se concebía como una continuación de la etapa terrenal.

La idea del progreso, la esperanza de lograr una sociedad feliz en este mundo ha venido a reemplazar, como centro de movilización social, a la esperanza de felicidad en otro mundo.



Tiempo libre VS tiempo de trabajo

Hoy, con la vista puesta en el presente, la pérdida de tiempo se convirtió en uno de los pecados más odiosos para los predicadores religiosos protestantes. A menudo las personas que disponen de mucho tiempo libre son tildadas de vagas o perezosas. Es interesante observar que en la actualidad cuando hablamos de tiempo libre nos estamos refiriendo a un tiempo muy concreto, que no es el laboral. Prácticamente el tiempo libre se define por oposición al tiempo de trabajo. Resulta paradójico que en el pasado las actividades de ocio fueran, practicadas, exclusivamente, por las clases dominantes ya que eran dignificantes y conferían honor. Mientras que las llamadas de no-ocio (negocio) eran exclusivas de clases inferiores que trabajaban en la obtención de elementos útiles para satisfacer las necesidades vitales de la sociedad. En la Antigua Grecia el ocio era lo opuesto al trabajo e implicaba liberarse de la necesidad de trabajar para disponer de tiempo. Claro que esta concepción fue posible porque Grecia disponía de un contingente muy grande de esclavos que cumplían con las labores necesarias para la supervivencia del conjunto de la ciudad. Por lo tanto la posibilidad de tiempo libre de unos se fundamentaba en la ausencia de tiempo libre en otras personas. Pero a diferencia de la época actual ese ocio era un estado del ser, una característica inherente de la persona que no tenía necesidad de trabajar y no una cantidad determinada de tiempo que se tenía por fuera del trabajo.

Muchos coinciden en señalar que no fue la máquina de vapor la máquina clave de la época moderna sino el reloj porque permitió sincronizar las acciones de los hombres y establecer regularidades en su comportamiento. El tiempo mecánico hizo posible pensar al día como secuencias aisladas y organizar los tiempos de trabajo necesarios para impulsar el funcionamiento de las fábricas en los comienzos de la Revolución Industrial.

El tiempo como invención del hombre

Más allá de los diferentes significados que se le ha dado al tiempo a través de la historia la

noción no deja de ser una construcción subjetiva relacionada con creencias particulares de cada sociedad. Para Albert Einstein la distinción entre pasado, presente y futuro es sólo una ilusión persistente. El tiempo no es real como sí lo serían la materia y el espacio. Carlo Rovelli, un físico de la Universidad del Mediterráneo en Marsella, dice que "En realidad nunca podemos ver el tiempo. Decimos que medimos el tiempo con relojes, pero solo vemos las manecillas de los relojes, no el tiempo en sí mismo." Filósofos como Immanuel Kant y Friedrich Hegel también insistieron con la idea de que el tiempo es una representación intelectual antes que una realidad conocida a través de la experiencia.

¿Qué es lo que los relojes están midiendo entonces? Seguramente todos hemos experimentado alguna vez la sensación de minutos y segundos que parecen extenderse eternamente o, por el contrario, la impresión de un tiempo que pasa demasiado rápido como un río que fluye sin detenerse nunca. Es muy distinto pasar un minuto bajo el agua que estar un minuto leyendo un libro. Es probable que el tiempo sea un concepto humano, algo creado por la mente y medido por ella. No somos esclavos del tiempo quizás apenas rehenes de la medida que hemos creado para contabilizarlo.

Para Albert Einstein la distinción entre pasado, presente y futuro es sólo una ilusión persistente. El tiempo no es real como sí lo serían la materia y el espacio.



Recomendados de Crepúsculo

En el nombre de la madre

Erri De Luca



Aquí De Luca despliega una historia muy conocida, la historia de la madre de Jesús, la existencia de Miriam (María): desde la concepción hasta el momento del parto. Lo hace con una dulzura y un sentimiento impactantes, por momentos la prosa se vuelve poética y conmueve al lector. Miriam en esta narración es sólo una madre que quiere un hijo feliz. Ella hubiese preferido un hijo simple, poco importante, que no sufra. María enfrenta a las mujeres de Nazaret con grandeza, su esposo Iosef, la protege, es el único que le cree. La descripción del viaje a Bet Lèhem (Belén, Casa del Pan) es sabrosa y abarcada por una sustanciosa poesía, y el desenlace que todos conocemos, está contado con un realismo desbordante.

Moise y el mundo de la razón

Tennessee Williams



Esta novela con tintes autobiográficos, está caracterizada por el realismo y la crudeza. Una madre posesiva, un padre riguroso e incomprensivo hacen que el joven escritor migre a Nueva York en busca del éxito y de su propia identidad. Este relato está escrito en cuadernos escolares (los Blue Jay) que el autor menciona como una constante en la narración. En su derrotero conoce a un patinador negro quien muere a causa de las drogas, este amigo le presenta a Moise, una pintora quien al comienzo de la novela decide hacer un anuncio insólito, para ello organiza una fiesta y comunica a sus amigos: su retiro definitivo del mundo de la razón. Los sinsabores, infidelidades y traiciones de sus parejas homosexuales, llevan al escritor a caer en depresiones cercanas al suicidio, pero su amistad incondicional con Moise lo rescata de los riesgos de la vida en esa ciudad dolorosa.

